

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — Tomo XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 30. — N° 944.

SUMARIO.

El fuerte del Este; grabado. — Discurso de M. Thiers en la Asamblea nacional. — La andante caballería. — La Caridad. — El abastecimiento de París; grabado. — El mercado de verduras en el camino de Alemania; grabado. — Saqueo de los Mercados centrales el día que se firmó el armisticio; grabado. — Revista de París. — Poesía. — Las ambulancias de la prensa; grabados. — Escenas de la vida inglesa. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — La zona prusiana en las inmediaciones de París; grabados. — Sitio de París: Corta de árboles para el público en la avenida de Vincennes; grabado. — Enrique Regnault; grabado. — Angela. — La Peña de Uruel. — Víctimas del sitio: Seveste, del Teatro Francés; grabado. — La venta de carne de perro; grabado.

El fuerte del Este.

Alea jacta est, nos escribe uno de los defensores del fuerte del Este, que se halla en el día en el estado en que nuestro grabado le representa.

¡Pobre fuerte! Le dejamos con las lágrimas en los ojos, con una tristeza sombría en el fondo del corazón; parecía que abandonábamos allí todas nuestras esperanzas. Con los ojos fijos aun en su soberbio cinturón de bronce, que desde cinco meses arrojaba sobre el enemigo una lluvia incesante de proyectiles dirigida por los marinos, gritamos por última vez: ¡Viva la Francia!

¡Le habíamos visto tan hermoso! ¡Qué de obras se

habían ejecutado allí y con qué prontitud! Cada obrero será soldado, dice la canción, y cada soldado se había hecho obrero. Alzabase allí amenazante y los cañones de la República parecían que habían salido de la tierra para responder al desafío del enemigo.

Como habíamos asistido á aquella mágica transformación, teníamos confianza. Polvorines, gabiones, faginas, todo se había elevado como por encanto á la vista del coronel Sentupery. Era este el comandante superior del fuerte, y ya que hemos pronunciado su nombre diremos algunas palabras sobre este brillante oficial cuyo recuerdo vivirá en la memoria de todos los que le han conocido.

Habiendo hecho en Africa sus primeras armas, siempre dió á todos el ejemplo de un valor á toda prueba y



DEFENSA DE PARIS. — Aspecto del fuerte del Este después del bombardeo.

de una firmeza que no debía desmentirse. Hasta en el momento en que fué preciso abandonar el fuerte dirigió á sus soldados un enérgico discurso. Había comprendido tan bien la importancia del mando que le confiaron, que multiplicándose, digámoslo así, en medio de sus hombres, se le hallaba constantemente en todas partes.

Los valerosos zapadores mandados por el bizarro capitán Kienlé, un hombre de corazón y de cabeza, trabajaban con ardor cantando alegremente antiguos himnos patrióticos, trabajaban acumulando las precauciones defensivas en torno de las piezas, y gracias á su actividad, se pudieron conservar intactas hasta el último día las baterías del comandante Livache, uno de esos oficiales de artillería cuya capacidad y antigua experiencia han prolongado tanto tiempo la defensa de la capital, y que supo hacer de los fuertes de Saint-Denis reductos inexpugnables.

Citaremos también á M. Pelissier, capitán de artillería de la guardia movilizada, joven alumno de la Escuela Politécnica, tan querido de sus soldados á quienes daba repetidos ejemplos de valor y de sangre fría.

Todos deseábamos demostrar lo que podíamos hacer. La Francia sabía que la Europa tenía los ojos fijos en ella y nosotros queríamos que los reyes que nos aborrecen y que los pueblos que nos envidian se persuadieran de que un pueblo, aunque desgraciado, era aun capaz de los mayores sacrificios cuando se trataba de defender la República.

A principios de año debía tener efecto la lucha formal. Nuestro soberbio frente de ataque que hacía meses tenía en respeto á los batallones justificados en el Bourget y en Stains, respondía vigorosamente á las piezas prusianas de largo alcance.

Era una lluvia de hierro que caía sobre el fuerte, de 600 á 700 bombas cada día, cada una de ellas lúgubremente anunciada por la triste voz del marino-trompeta.

Habíase esperado con impaciencia el momento supremo y se soportaba con valor, hasta con gozo, porque al fin tenía con quien hablar nuestra artillería. El soldado, instalado en los abrigos por la noche descansaba de las largas horas de lucha; solo una casamata quedaba alumbrada, y era la de la ambulancia, en donde velaba el doctor de marina Jacolot y sus practicantes. Lo mismo en un fuerte que á campo raso, el médico debe ser el amigo y el consolador del soldado, y debe friamente desafiar á la muerte mientras cuida de preservar de ella á los otros. Misión sublime y doblemente laudables, en razón á que obliga al hombre que la cumple á reunir á los talentos científicos las cualidades del soldado. El doctor Jacolot, jefe de la ambulancia, se ha mostrado á la altura de una misión semejante. Testigos los pobres heridos, que á pesar de las proezas de la Internacional, dejaban con mucho sentimiento la casamata de la ambulancia.

Empero los cañones Krupp hacían de las suyas, y cada día anunciaba un nuevo desastre. Aumentaba considerablemente el número de muertos y heridos: las cortinas ofrecían por todas partes las huellas del hierro; las casamatas, objeto permanente del esfuerzo del enemigo, se deterioraban mas y mas, y el patio removido por las bombas parecía un campo surcado mil veces por el arado. Sin embargo, la gente no se amilanaba y los prusianos nos temían aun sobre nuestras ruinas. Así lo creíamos nosotros, cuando un día de funesta memoria, perdimos de golpe todas nuestras esperanzas al saber que nuestros esfuerzos eran ya inútiles.

Quisiera rendir un supremo homenaje á todos los que han combatido en medio de nosotros; pero han sido tantos que debemos omitir nombres y limitarnos á deplorar la pérdida de nuestros valientes, que lucharon heroicamente hasta la última hora.

P. R.

Discurso de M. Thiers,

JEFE DEL PODER EJECUTIVO DE LA REPÚBLICA FRANCESA, PRESIDENTE DEL CONSEJO, PRONUNCIADO EN LA TRIBUNA DE LA ASAMBLEA NACIONAL, EN LA SESION DEL 19 DE FEBRERO DE 1871.

Señores, ante todo debo daros gracias, no por el pesado cargo que me dáis, sino por la prueba de confianza que me habeis manifestado en la sesión de anteayer. Aunque asustado de la misión difícil, peligrosa y penible especialmente, que me imponeis, no he tenido mas que un sentimiento, uno solo: el de la obediencia inmediata, absoluta, á la voluntad de la nación, que debe ser tanto mas obedecida, servida y amada, cuanto mayor es su desgracia.

¡Ay, sí, es mas desgraciada que no lo fué nunca, en ninguna época de su vasta, gloriosa y accidentada historia, en que tantas veces se ve precipitada en el abismo del infortunio, para remontar rápidamente al poderío y la gloria, y ejerciendo siempre una parte activa y principal en todo lo que se ha hecho de grande, hermoso y útil á la humanidad!

Indudablemente es desgraciada; pero sigue siendo uno de los países mas grandes, mas poderosos de la tierra, siempre joven, arrogante, inagotable

en recursos, siempre heroico, prueba la larga resistencia de Paris, que pasará á la posteridad como uno de los monumentos de la constancia y de la energía humana.

Henchido de confianza en las poderosas facultades de nuestra querida patria, me rindo sin titubear, sin calcular, á la voluntad nacional que por vosotros se manifiesta; y héme aquí acudiendo á vuestro llamamiento, á vuestras ordenes, pronto á obedecerlos, si puedo decirlo así, pero con una reserva, sin embargo: la de resistiros si, arrastrados por un sentimiento generoso, pero irreflexivo, me pidiérais lo que condenase la prudencia política, como lo hice, hace ocho meses, cuando me levanté de improviso para resistir á los arranques funestos que debían conducirnos á una guerra desastrosa.

En el interés de la unidad de acción, me habeis dejado libre la elección de mis colegas; los he elegido sin otro motivo de preferencia que la estima pública universalmente acordada á su carácter. á su capacidad; y los he elegido, no en uno de los partidos que nos dividen, sino en todos, como ha hecho el mismo país al daros sus votos, y haciendo figurar en la misma lista las personas mas diversas, las mas opuestas en apariencia, pero unidas por el patriotismo, la inteligencia y la comunión de las buenas intenciones.

Permitidme os enumere los nombres y las atribuciones de los colegas que han querido prestarme su concurso:

M. Dufaure, ministro de la Justicia.

M. Julio Favre, ministro de Negocios extranjeros.

M. Picard, ministro del Interior.

M. Julio Simon, ministro de la Instrucción pública.

M. de Larcy, ministro de Trabajos públicos.

M. Lambrecht, ministro de Comercio.

M. el general Le Flo, ministro de la Guerra.

M. el almirante Pothuau, ministro de la Marina.

En esta enumeración falta el ministro de Hacienda.

Esta elección está ya fijada por el Consejo; pero no hallándose en Burdeos el honorable miembro al que se atribuirá este departamento, no he creído dar su nombre á la publicidad.

Habreis notado, indudablemente, que no me he encargado de ningun departamento ministerial, á fin de tener mas tiempo para traer á una misma idea y rodear de una misma vigilancia todas las partes del gobierno de la Francia.

Sin presentaros hoy un programa de gobierno, lo que generalmente es un tanto vano, me permitiré presentaros algunas reflexiones sobre la idea de unión que me dirige, y de la cual desearia hacer brotar la reconstitución actual de nuestro país.

En una sociedad próspera, regularmente constituida, cediendo dulcemente, sin sacudimiento, al progreso de los espíritus, cada partido representa un sistema político, y reunirlos todos en una misma administración seria llegar á la inercia ó al conflicto, oponiendo tendencias contrarias que se anularian ó se combatirían recíprocamente.

Pero ¿es nuestra situación presente la de una sociedad regularmente constituida, que cede insensiblemente al progreso de los espíritus?

La Francia, precipitada en una guerra sin motivo serio, sin preparación suficiente, ha visto la mitad de su territorio invadido, destruido su ejército, deshecha su brillante organización, comprometida su antigua y poderosa unidad, resentida su hacienda, la mayor parte de sus hijos arrancados al trabajo para ir á morir en los campos de batalla, alterado profundamente el orden por una súbita aparición de la anarquía, y después de la forzosa rendición de Paris, la guerra suspendida por algunos días no mas, y pronta á renacer si un gobierno estimado de la Europa, aceptando valerosamente el poder, tomando sobre sí la responsabilidad de negociaciones dolorosas, no pone un término á tan espantosas calamidades.

¿En presencia de semejante estado de cosas, hay, puede haber dos políticas? ¿Y, por el contrario, no hay una sola, forzosa, necesaria, urgente, consistente en hacer cesar lo mas pronto posible los males que nos agobian?

¿Hay alguien que pueda sostener que no es preciso, á la mayor brevedad, de un modo total, detener la ocupación extranjera por medio de una paz valerosamente discutida y que no será aceptada si no es honrosa? Libertar á nuestros campos del enemigo que los pisotea y los devasta; sacar á nuestros soldados, oficiales y generales de las prisiones extranjeras; reconstituir con ellos un ejército disciplinado y valiente; restablecer el orden turbado; reemplazar inmediatamente los administradores dimisionarios ó indignos; reformar por la elección nuestros consejos generales, nuestros consejos municipales disueltos; reconstituir así nuestra administración desorganizada; hacer cesar los gastos excesivos; levantar nuestro crédito, si no nuestra hacienda, lo que no puede hacerse en un día, como único medio de hacer frente á compromisos urgentes; enviar á los campos y talleres nuestros movilizados; abrir de nuevo las vías in-

comunicadas, levantar los puentes destruidos; impulsar así el trabajo por do quiera parado, el trabajo, que solo puede procurar á los obreros y labradores su subsistencia?

¿Hay alguien que pueda decirnos que hay algo mas urgente que todo esto? ¿Y hay aquí alguno que podría discutir prudentemente los artículos de la Constitución, mientras que nuestros prisioneros espiran de miseria en países lejanos, ó mientras que nuestras poblaciones, muriendo de hambre, se ven obligadas á entregar á soldados extranjeros el último bocado de pan que les queda?

¡No, no, señores! Pacificar, reorganizar, levantar el crédito, reanimar el trabajo: hé aquí la sola política posible, y aun concebible, en estos momentos. En ella puede trabajar útilmente todo hombre sensato, honrado, inteligente, piense lo que quiera de la monarquía ó de la República; y aunque no haya trabajado mas de un año, de seis meses, podrá entrar en el seno de la patria con la frente erguida y la conciencia satisfecha.

Indudablemente, cuando hayamos hecho á nuestro país los urgentes servicios que acabo de enumerar; cuando hayamos levantado del suelo en que yace esa noble herida que se llama la Francia; cuando hayamos cerrado sus heridas, reanimado sus fuerzas, la devolveremos á sí misma; y entonces, restablecida, habiendo recobrado la libertad de sus sentimientos, decidirá bajo la forma gubernativa que desea vivir.

Cuando esta obra de reparación esté terminada (y no podrá ser muy larga), el tiempo de discutir, de pesar las teorías de gobierno, habrá llegado; y no será un tiempo arrebatado á la salud de la nación. Algo alejados ya de los sufrimientos de una revolución, habremos recobrado nuestra sangre fría; habiendo operado nuestra reconstitución bajo el gobierno de la República, podremos pronunciar con conocimiento de causa sobre nuestros destinos; y este juicio no será pronunciado por una minoría, sino por la mayoría de ciudadanos, es decir, por la misma voluntad nacional.

Tal es la sola política posible, necesaria, adaptada á las dolorosas circunstancias en que nos encontramos. A esta política están prontos mis colegas á consagrar sus facultades reconocidas; á esta política estoy pronto, por mi parte, á pesar de la edad y de las fatigas de una larga existencia, á dedicar las fuerzas que me quedan, sin cálculo, sin otra ambición, os lo juro, que la de atraer sobre mis últimos días los sentimientos de mis conciudadanos, y permitidme añadir, sin estar seguro después de una completa adhesión, de obtener justicia para mis esfuerzos.

Pero no importa; ante el país que sufre, que parece, toda consideración personal sería imperdonable. Unámonos, señores, y pensemos que mostrándonos capaces de concordia y de prudencia, obtendremos la estima de Europa, y en unión de su estima, su concurso, además del respeto del mismo enemigo, será la mayor fuerza que podáis dar á vuestros negociadores, para defender los intereses de la Francia en las graves negociaciones que se van á entablar.

Remitid, pues, á un término que no puede estar lejano las divergencias de principios que nos han dividido, que nos dividirán, tal vez, todavía, pero no volvamos á las divisiones hasta que estas divergencias, resultado de convicciones sinceras, bien lo sé, no sean un atentado contra la existencia y la salud de la nación.

La andante caballería.

La institución de la caballería andante tuvo su origen en aquellos remotos tiempos que dominó el sistema feudal.

Hubo efectivamente caballeros que con sus armas y caballo anduvieron á caza de aventuras, siendo por excelencia el amparo de los huérfanos y doncellas menesterosas, los enderezadores de tuertos y desfacedores de agravios. Otros mandaban compañías de aventureros y otros entre quienes se cuentan guerreros ilustres, pusieron su brazo y su espada á disposición de algun príncipe ó señor poderoso, para que los emplease en su servicio. Todos animados de un espíritu caballeresco, procuraron siempre distinguirse y hallar ocasiones que se les presentaban con mucha frecuencia en los torneos, justas y empresas arriesgadas de la época.

Las hazañas de estos guerreros dieron origen á los primeros libros de caballería; pero como el amor á todo lo maravilloso ha dominado siempre á los hombres, resultó de aquí la creación de unos seres fantásticos muy diferentes de los que hubo en realidad. Exaltada la imaginación de los escritores en favor de sus héroes, y acomodándose como siempre sucede al gusto de su siglo, llenaron sus obras de aventuras disparatadas é increíbles de las que los caballeros siempre salían victoriosos, y si sucumbían alguna vez, era en virtud de un

poder sobrenatural que no les era dado resistir; de aquí la aparición de los genios benéficos, encantadores malignos, duendes, trasgos, vestigios y otras cosas de este jaez, tan repetidas en los libros de caballería. A pesar de tanta extravagancia todavía ofrecían en la parte moral la ventaja que no han tenido otras muchas novelas posteriores. Los héroes eran tan religiosos y valientes como afables y cortesanos, sus sentimientos siempre elevados y generosos.

Las mas célebres composiciones de este género son las que describen los altos hechos de los doce pares de Francia, de los caballeros de la Tabla Redonda y de la numerosa parentela de los Amadis. El tronco de la familia Amadis de Gaula, se reputa como el libro mas antiguo de caballerías que se publicó en España, aunque ya desde el siglo IX los había escritos en verso y en prosa.

Entre los primeros merece atención el de Flores y Blanca Flor, y entre los segundos el de Cleomades y Claremunda, porque ya en ellos se describen la galantería y esplendor de las cortes de Murcia, Granada y Sevilla, con bastantes episodios de amor, devoción y encantamientos que caracterizan á todas las antiguas novelas españolas. Los romancesos libros de los doce pares fueron escritos por el arzobispo Lurbin y en ellos se descubre una tendencia á engrandecer la corte y monarquía francesa.

Se atribuyen hazañas maravillosas á los poderosos señores calificados con el título de pares por su igualdad en personas y estados. Esta dignidad particular y hereditaria era de tal preponderancia que nada se ejecutaba en la corte sin la aprobación de aquellos señores, y Carlomagno, uno de los hombres mas memorables que han existido, aparece en los tales libros haciendo un papel ridículo y sin autoridad en la corte. Aquel monarca fué sin embargo de los mas absolutos, y solo en el reinado de sus sucesores los pares adquirieron todo su poderío, usurpando los derechos de la soberanía, hasta acuñar moneda, hacer la guerra y sostener su corte independiente con las armas y la rebelión.

Los libros de la Tabla Redonda fueron escritos en latin por Rusticiano de Pisa, sacados segun se cree de las antiguas crónicas de Melchín y Telecin, y en ellos se descubre tambien una afectación en hablar de todo cuanto puede contribuir á engrandecer la corte, los príncipes y caballeros de Inglaterra que son los héroes de las aventuras. La tabla ó mesa redonda estaba colocada en Gramalot, donde tenia su corte el rey Artus y segun las antiguas leyendas habia sido construida por el famoso encantador Merlin, que habia apurado en ella todo su saber.

Al rededor de la mesa habia trece asientos en memoria de los apóstoles; pero los caballeros nunca podían pasar de doce, porque el asiento que representaba el del traidor Judas estaba siempre vacante y se llamaba el *sitio peligroso*. Un altivo pagano que tuvo osadía bastante para sentarse en él, habia sido tragado por la tierra en el instante mismo, segun se leía en los anales de la Tabla Redonda. Los demás asientos estaban ocupados por caballeros de la mas alta nombradía como Tristan, Lancelot, Blimberis, Perceval, Treu, Palamedes, Dinadam y otros con el rey Artus. Al recibirse en la órden juraban fraternidad, tenían que contar en voz alta todos los hechos de armas y aventuras que habian llevado á cabo y andar diez dias seguidos á caza de aventuras, durante cuyo tiempo los otros compañeros podían ir disfrazados á desafiar y probar al novicio.

Tenían que sujetarse además á otra prueba mas arriesgada: el nombre de cada caballero permanecía mágicamente grabado en su asiento aun despues de su muerte, y el que se presentaba á ocupar la vacante, debía sobrepujar en proezas á su antecesor; de lo contrario era rechazado violentamente por una fuerza desconocida. Por esta razon la nombradía de los caballeros de la Tabla Redonda iba siempre en aumento, y por sostener esta fábula tenían sus historiadores que atribuirles una fuerza extraordinaria y un valor indomable, capaces de terminar felizmente las empresas mas arriesgadas. Las hazañas de estos y otros muchos caballeros fueron algunas traducidas y otras escritas en un lenguaje duro y pobre que empezó á llamarse *Romance*, hasta que mucho despues y mayormente desde la época de las Cruzadas y propagación del arte de la imprenta, se escribieron en un lenguaje mas expresivo, mas correcto y elegante. Así llegaron á ser tan generalmente leídos y apreciados: particularmente en España donde fué precisa una mudanza total de costumbres y un esfuerzo de la pluma de Cervantes para darles el golpe mortal.

De entonces proviene la decadencia de este ramo de literatura hasta su desaparición total. Ahora parece que vuelve á resucitar la andante caballería con la publicación de Amadis de Gaula, siendo temible que le siga su complicada prosapia. Y qué, ¿burlarán estos paladines la predicción del inmortal autor del *Quijote*? ¿Convalecerán acaso de las grandes heridas que les hizo con su pluma?

No, no es posible: malandrín tendido en la arena por aquel célebre escritor, queda imposibilitado

de incorporarse. Su aparición será rápida y repentina, porque los libros de caballerías solo pueden ser leídos como una rareza, como un objeto de curiosidad. Sus ficticios héroes, con tantos encantadores amigos ó enemigos, forzosamente han de hacer la triste figura despues de publicado el ingenioso Hidalgo. A los esplandines, galaes y belianises mándoles yo mala ventura en nuestro siglo, en que se halla mas depurado el buen gusto literario y en que la verosimilitud se reputa como una de las dotes principales de la belleza.

Hoy dia se requiere en toda novela un fondo de utilidad y una lección instructiva, ya sea pintando las costumbres domésticas y minuciosos pormenores de la vida privada, ya tomando los asuntos de la historia y aprovechando los tesoros de la antigüedad. Una de las bellas páginas de la historia nacional en que se introduzcan personajes reales y verdaderos, sin disfrazar sus nombres ni recurrir á lances milagrosos puede presentarse muy bien bajo la forma de novela ó de drama, aunque engalanado segun la fantasía del poeta. Este género de composición, desde que fué acreditado por Walter Scott, ha tenido sobresalientes imitadores y producido obras de un mérito y un interés que nunca podrán disminuir los libros de caballerías. Hallarán siempre simpatía entre los españoles entusiastas por sus héroes y amantes de los sentimientos caballerescos de honor y valentía. Para nosotros mas recomendación tiene el nombre de un Cortés, un Gonzalo, un Paredes, un Ponce de Leon que el de todos los caballeros andantes ó parados que hubo en el mundo.

F. F. VRILLABILLE.

La Caridad.

Bienaventurados los misericordiosos,
Porque ellos alcanzarán misericordia

«¡Caridad!... palabra santa, que encierra todo un poema de amor; bálsamo saludable, que cura las heridas del alma y mitiga los dolores del cuerpo.

La caridad; esa creación divina, ese monumento benéfico erigido por Dios para alivio de los que sufren; esa ley de amor acatada por todos los seres de la tierra; es el sentimiento de la virtud, cuyo precioso germen se encierra en los corazones sensibles, y fructificando en bellos y preciados frutos, nos eleva hasta la mansión de la realidad del espíritu, de lo eterno é infinito, alejándonos del mundo, de lo *deleznable* de la materia, de lo *finito é imperfecto*.

No puede darse el amor puro sin la caridad, así como no se da la caridad sin el amor; ambos se hermanan perfectamente; ambos conducen al verdadero fin del hombre en este mundo, y vienen á ser como el bello ideal del ser justo y virtuoso; formando el intermediario entre Dios y el hombre, entre la criatura y su Criador.

El amor de Dios es el primer objeto que afronta la hermosa y bendita caridad. La caridad es el amor purificado, recto, genuino, verdadero; y el amor se dirige al bien y á lo bello; y Dios es el centro de todo lo bueno y de todo lo bello: el verdadero amor no puede por menos de dirigirse á Dios.—¡Oh, vosotros alucinados mortales, que sintiendo en vuestros pechos esa llama de vida que se llama amor, y que destinada está para vivificar vuestra existencia y contribuir por una misteriosa y dulce armonía á vivificar la existencia universal, la vida del mundo inteligente y racional, si esquiváis mezquinos ó si negáis injustos la esencia de vuestros amores á ese Dios, que con tan justos títulos la reclama, nunca sabréis amar: si la consagrais á otros seres, apartándoos de la ley inmutable que el mismo Dios ha establecido, sabed que sois criminales, que sois reos de alta traición al principio venerando del bien y de la belleza que degradáis, envileceis y profanais el mas elevado y noble sentimiento de vuestra privilegiada naturaleza.

¡Madres venturosas! vosotras que cifrais todas vuestras aspiraciones, vuestra vida toda en el amor, ¿quereis no veros defraudadas en vuestras halagüeñas y justas esperanzas? Haced que los primeros movimientos del corazón de vuestros tiernos hijos se dirijan á su Dios, enseñadlos á que desde los primeros instantes en que luzcan en sus inteligencias infantiles los primeros destellos de la razon, eleven sus aspiraciones al Dios que los ha criado; enseñadlos á amar á Dios. Si esto procurais y conseguís, vuestra ternura será correspondida; vuestros sacrificios serán recompensados; sereis dignamente amados por vuestros hijos.

El amor al prójimo, segundo objeto de la caridad, es la clave de todos los bienes acá en la tierra, y él nos abre las puertas de la felicidad en la otra vida.

Misterioso germen, que se anida en nuestras almas, que crece con nosotros, que con nosotros se desarrolla; sentimiento mágico, inexplicable, que nos seduce por lo mismo que no se explica; ¿quién es el mortal que no

le ha albergado en su corazón? ¿quién no ha experimentado ese gozo inefable al rozar su caritativa mano con la descarnada mano del indigente?

¡Sí, amables lectores; todos hemos sentido el placer de obrar bien, porque esto es el alimento del alma, y el alma es pura, el alma es naturalmente buena y siempre queda algo de su bondad, aun en medio de las miserias del mundo y de la constante lucha de las pasiones.

Muchas veces habreis oído decir: *Es un hombre sin corazón*; pero nunca *sin conciencia*, pues hasta para obrar mal se necesita, y en vano se les quiere aplicar tal dictado á los que desconocen las leyes del deber.

Ahora bien; vosotros, los intransigentes fatalistas, ¿quereis decirme si existe un *ser racional* que desconozca enteramente el sentimiento de lo bello?

¿Acaso puede darse una criatura tan degradada, tan envilecida, que desconozca por entero ese instinto del bien que no se enseña, que nace con el niño apenas sus ojos se abren al primer albor de la vida?

No y mil veces no; la idea en su esencia, nada tiene que ver con el principio en la práctica; y por otra parte, la caridad no es el exclusivo patrimonio de los ricos, es el sentimiento universal, celeste don repartido con equidad y justicia por la *potestad suma* á la humanidad entera.

Vosotros los potentados de la tierra, los que atesorais cuantiosos caudales, no creais que la caridad solo estriba en ceder una parte de esos bienes en pró de los necesitados.

Vosotros los pobres, no creais que la caridad solo consiste en el pequeño óbolo que recibisteis de una mano piadosa; tambien vosotros podeis ejercerla; tambien se alimenta en invisible llama, al abrigo de vuestros pechos, y en ese *Dios os premie* que trocáis por la moneda del virtuoso cristiano, va envuelto el deseo de la dicha ajena, la gratitud que rebosa en vuestra alma, el pensamiento del bien, en una palabra, el amor al prójimo.

La madre que acaricia á sus hijos, que los alimenta á sus pechos, que los aduerme en su regazo al dulce compas de cariñosos cantares, no lo hace solamente impulsada por el amor maternal.

El anciano en cuyos cabellos de nieve se pintan los rigores del tiempo y las vicisitudes de la vida, al sostener en sus débiles rodillas á un tierno infante, fruto precioso del admirable fruto de su pasado amor; al festejarle y buscar el premio de sus caricias en una halagüeña sonrisa, no lo hace solo llevado del cariño que le inspira el tierno vástago, en quien ve reproducida su caduca existencia: al borde del sepulcro contempla con angustiada faz los abrojos que ha pisado en el sendero de la vida, ocultos bajo el tapiz de las pintadas flores, y acaso en su interior, se compadece del tierno niño, que aun no ha atravesado los umbrales del mundo, y ya ha causado á su madre el incomparable dolor, que solo las mujeres sufren ¡porque son madres!

El esposo enamorado que comparte con su adorada el peso de la existencia procura regalarla, rodearla de los mayores goces, para hacerla mas grata la monótona regularidad, que la santidad conyugal les ha impuesto; y al obrar de este modo, lo hace guiado tal vez, de un afecto que no es el amor que sus encantos le inspiran: criatura débil y de complexion delicada, contempla en su esposo el ídolo de sus sueños, el iris de su esperanza, el foco de todas sus alegrías.

Ella es en efecto el ángel del hogar, que vela incesantemente por conservar la paz en la familia, base de la sociedad y sin la cual, no puede constituirse el órden.

Pues bien, ¡cuántas veces obra la mujer, merced á su sentimiento mezcla de caridad y amor, que se adivina en todos sus actos!

En las desapacibles noches del frio invierno, cuando la lluvia caía á torrentes y el eco de la tempestad zumbaba en el espacio, ¿no habeis visto á una joven hermosa, preparar con sus blancas y delicadas manos el frugal alimento de su marido?

¿No la habeis visto, apenas vuelve este del trabajo acercarle con amor á la lumbre que le tenia dispuesta, para que le reanimara sus entumecidos miembros y secase sus empapados vestidos?

¿No la habeis visto como trata de endulzar sus amargas penas, contándole sus impresiones del dia, en ese lenguaje del alma que solo ella entiende, por lo mismo que á las almas va dirigido; en ese lenguaje tierno y poético que ha otorgado Dios á esa mitad del género humano para consuelo y alivio del hombre?

¡Sí; todo lo habeis visto, y acaso en vuestro interior no os habeis dado cuenta de por qué lo hacian.

Y decidme: ¿no hay en todas esas acciones un principio generador de tales sentimientos, que no es el amor ni el egoísmo material, como algunos han supuesto?

Y si de la esposa pasamos al amigo, que enjuga con paciente solicitud las lágrimas del amigo, ¿no vemos que lo hace porque le compadece y le ama?

Hé aquí, pues, cómo la *caridad*, inagotable fuente, de donde brota claro y purísimo el manantial de la dicha tiene su verdadera, su legítima aplicación é influencia en todos los actos de la vida.

RAMON GARCIA SANCHEZ.

El abastecimiento de Paris.

Un viajero que ha dado la vuelta al mundo me decia: — Una de las impresiones mas vivas que en mi vida he sentido, fué la que experimenté cuando ví hortalizas en los mercados de Melbourne, despues de un largo viaje que habia hecho á las minas de Australia.

Paris ha experimentado en los últimos dias la misma satisfaccion que aquel viajero.

Al cabo de cuatro meses y medio de sitio, los sitiados han visto llegar á las estaciones de los ferro-carriles trenes enteros cargados de comestibles. ¡Qué fiesta para la vista!

Todo venia junto; bueyes, vacas, tocino, carne salada, caza, pescado, verduras, manteca, huevos, queso... No, nunca una poblacion de dos millones de personas ha estado mas convencida que la de Paris de la excelencia de la antigua máxima persa que dice que « el apetito es el mejor de los condimentos. »

El primer tren llegado á Paris entró en la estacion de Orleans en la noche del 3 de febrero.

La línea de Orleans ha ganado pues, el gran premio en ese steeple-chase de los ferro-carriles que traen á Paris hambriento los convoyes de víveres tan deseados.

Esta primera remesa comprendia 260 bueyes, carbon, harina, pescado salado, pescado fresco, cajas de conservas alimenticias, sardinas y bacalao.

En la mañana de tan feliz dia se vendian lenguados á un franco en los Mercados centrales. Es verdad que tres dias despues vimos vender una docena por 120 francos, consecuencia natural de los movimientos tumultuosos del abastecimiento, que no pudo regularizarse desde luego, y sucedia que en el espacio de veinte y cuatro horas pasábamos de la abundancia á la escasez mas extremada.

Este primer desórden hizo que se tomaran ciertas precauciones para proteger á los primeros que introdujeron pescado en los Mercados centrales. Los escoltaban guardias nacionales y ciudadanos-soldados armados con sus fusiles.

Ya que hablamos de la llegada de víveres debemos señalar los envios gratuitos que nos han hecho de Londres.

El primero de los trenes que traia estos regalos entró el domingo siguiente en la estacion del ferro-carril del Norte.

Este magnífico y fraternal regalo venia acompañado de dos miembros del comité formado en Lóndres bajo la presidencia del lord-corregidor, y eran el coronel Stuart Wortley y M. Jorge Modle.

Los dos honorables gentlemen quisieron cuidar por sí mismos del trasporte del precioso regalo, y seguidamente dieron aviso al señor alcalde de Paris para que se procediera á la reparticion como la entendian los ingleses.

Con efecto, hicieron veinte partes que se enviaron á los veinte distritos de Paris en la proporecion de los habitantes con que cuentan, pues los delegados del comité de Lóndres insistieron en que la distribucion alcanzara á todos los moradores. M. Jules Ferry, alcalde de Paris, escribió al lord-corregidor de Lóndres, diciéndole que si las almas de los dos pueblos están unidas, podemos tener fe en el porvenir.

El abastecimiento de Paris se continúa sin interrupcion, aunque lentamente, porque el estado de los ferro-carriles y las dificultades de la administracion prusiana no permiten mayor rapidez.

Añadiremos que en la capital faltaba todo y que el consumo de Paris exige montañas de productos. Párecenos oportuno señalar aquí cuán considerables son los medios de trasportes que hay que poner en juego para abastecer á una ciudad como Paris.

Tomando por base de nuestros cálculos las cantidades consumidas en 1868, segun constan en los registros de puertas, y estimando en 5,000 kilógramos la carga media de un wagon, se necesitan para abastecer á Paris durante un año :

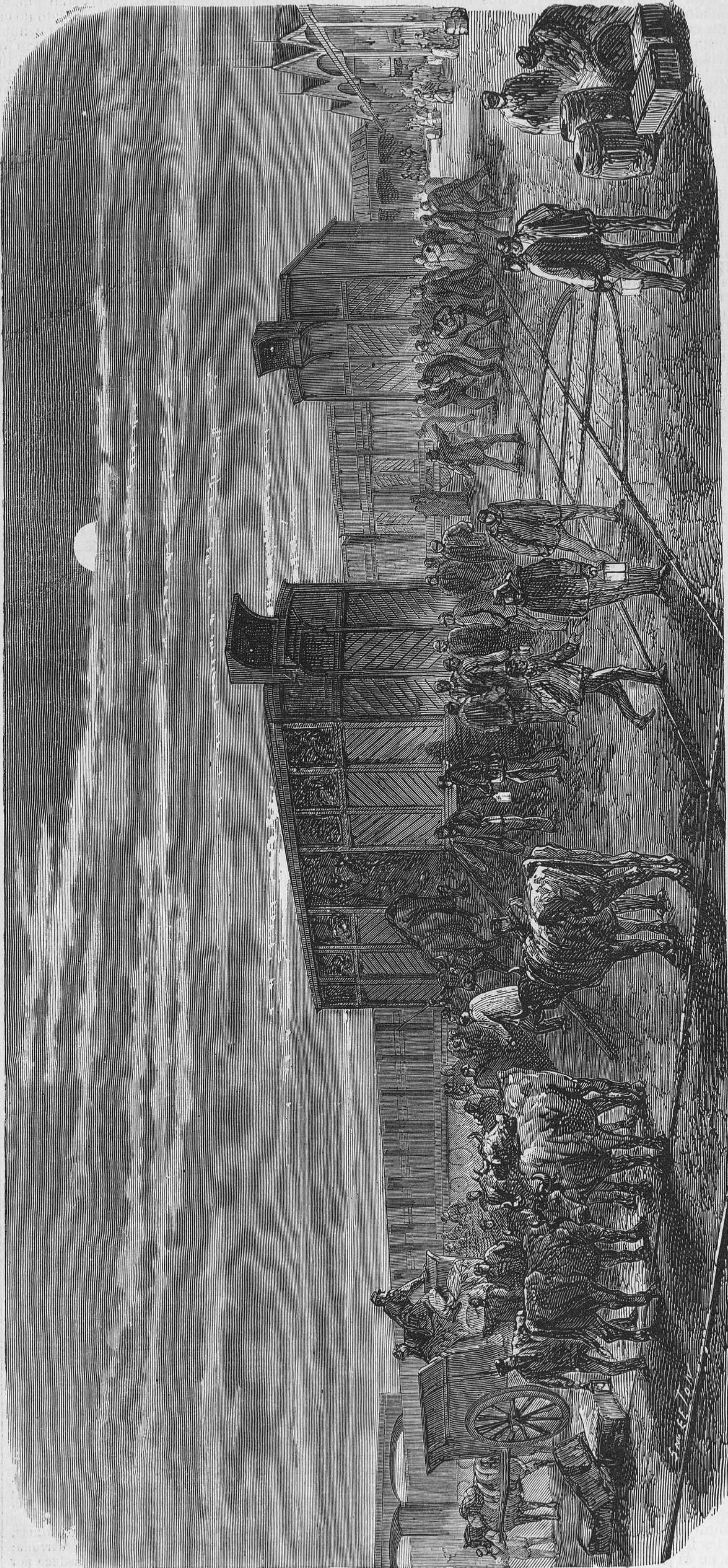
Harina, la carga de. . .	58,330 wagoes.
Carne.	29,250
Comestibles diversos. . .	25,650
Vino y alcohol.	79,600
Combustible.	252,650
Forrajes.	34,402

No se incluyen en estas cifras las patatas y otras verduras, las verduras secas, frutas, café, azúcar, chocolate, especias, tabaco, ni mucho menos las materias primeras y todos los productos de las manufacturas. De aquí resulta que, para que tenga Paris su pan cotidiano, con los demás artículos alimenticios y las bebidas, deben entrar cada dia en las estaciones de la capital, mas de 550 wagoes cargados.

Sin embargo, ya en el dia el abastecimiento es importante.

El total de las llegadas hasta hoy 24 de febrero es el siguiente :

Bueyes, 18,780; carneros, 18,494; vacas, 2,294; puercos, 6,684; granos, 28.299,490 kilos; harinas, 46.059,229 kilos; galleta, 41.421,667 kilos; conservas de buey, 2.775,697 kilos; de carnero, 1.096,550; sal, 441,924 kilos; tocino salado, 6.886,637 kilos; otras carnes saladas, 3.801,646 kilos; pescado fresco, 352,529 kilos; bacalao, 3.406,460; manteca, 4.234,968 kilos; queso,



ABASTECIMIENTO DE PARIS. — Llegada del primer tren de víveres á la estacion de Ivry en la noche del 3 de febrero.



SITIO DE PARIS. — El mercado de hortalizas en el camino de Alemania antes del armisticio.



SITIO DE PARIS. — Saqueo de los Mercados el día que se firmó el armisticio.

752,939 kilos; aceite, 497,010 kilos; verduras, 43.521.513 kilos; frutas, 756,058 kilos; forraje, 2.959,745 kilos; carbon de piedra, 34.406,909 kilos; coke, 4.938,623.

Vemos pues, que las dificultades de transporte no impiden que el abastecimiento tenga ya grandes proporciones.

Este movimiento de víveres da á las calles de París un aspecto de los mas animados. Aquí un guardia nacional se lleva como en triunfo una liebre; allí un cocinero aparece no menos ufano con un carnero á hombros, mas allá una mujer examina media docena de huevos que acaba de comprar con una curiosidad que parece que no los ha visto nunca.

Las conversaciones son las siguientes:

— Ya no hay que esperar dos horas en la carnicería.

— Ya tenemos pan blanco.

Y los fondistas anuncian que tienen carnero y ternera, no ya perro y burro que suplieron aquellas carnes durante el sitio.

P. P.

El mercado de verduras en el camino

DE ALEMANIA.

Este mercado de hortalizas es uno de los efectos mas curiosos producidos por el sitio.

Cuando desaparecieron de los mercados las coles, las cebollas y las zanahorias, pudieron encontrarse á las puertas de París en los puestecillos que improvisaron los campesinos al volver de hacer su cosecha.

El mercado del camino de Alemania era quizás el que estaba mejor abastecido, y por consiguiente el mas animado. Este mercado se instalaba por la tarde.

La cosecha la hacian grupos de individuos que salian con costales, cestos, carretones y coches de alquiler. De Saint-Denis hasta Noisy el llano era un hormiguero de trabajadores, y á la vuelta pagaban una contribucion á la tropa. Todo el tiempo que duró la cosecha, no faltaron hortalizas en los campamentos de tropa de línea ó de guardia movilizada.

El público pagaba bien caras aquellas verduras que se recogian gratis. Los precios eran exorbitantes; pues es verdad que para eso decian aquellos hombres que arriesgaban el pellejo; y con efecto, muchos de ellos cayeron á las balas prusianas.

L. C.

Saqueo de los Mercados centrales

EL DIA QUE SE FIRMÓ EL ARMISTICIO.

Saqueo hemos dicho, y es la verdad; pero felizmente no duró mucho y no se ha repetido. El acto es vituperable; á nadie le está permitido tomarse la justicia por su propia mano, y la vista del mal cometido por los traficantes no justifica en nada el mal que los del saqueo cometian.

Pero despues de haber llamado al respeto de la moral del tuyo y del mio á los desdichados que le olvidaron, ¿no se debe decir tambien que eran muy culpables aquellos traficantes sin vergüenza, aquellos infames vendedores que sin mas Dios que el oro especularon con la miseria pública y con el hambre del pobre?

En cuanto se anuló el decreto en cuya virtud se habian embargado todas las patatas, aparecieron costales de ellas en los mercados. Así que se publicó la primera nota relativa al armisticio, los pabellones se llenaron de comestibles de toda clase y la víspera de la llegada de los primeros víveres habia vendedor que se atrevia á pedir un franco por un huevo y 30 francos por un conejo. ¡Afronta eterna para esos malos ciudadanos que ante la patria en peligro solo pensaron en el lucro. Se cita un célebre fabricante de galletas que sacará de la guerra y del sitio una ganancia de algunos millones, y que se negaba á hacer un descuento á los hospitales dando por razon que los hospitales no son casas de comercio.

Volvamos las miradas para que el desprecio no se cambie en ira.

Pero tenemos que decir á nuestros lectores lo acaecido en los Mercados.

El aspecto que presentaban aquellos montones de patatas, el arroz, las verduras y las aves, era soberbio á la vista, aunque muy aflictivo para el pensamiento.

Ayer con el sitio las vacas y los caballos flacos; hoy con el armisticio, toda clase de vituallas.

La muchedumbre, indignada con todo aquello, se arrojó sobre las mercancías, y los púestos se vaciaron en un instante.

Tal es el espectáculo que representa nuestro grabado.

H. C.

Revista de Paris.

El acontecimiento fatal, coronamiento siniestro de una série de desastres para la Francia, está hoy en vísperas de consumarse. Mañana 1º de marzo de 1871 los prusianos entrarán en París y ocuparán los barrios de los Campos Elíseos hasta la plaza de la Concordia. Así se ha decidido en los últimos conciliábulos de Versalles, que han tenido por resultado un acuerdo para hacer la paz, cuyos preliminares están firmados por el gobierno de la República francesa, salvo la ratificación de la Asamblea nacional de Burdeos.

El gobierno anuncia que no ha podido evitar á París esta humillacion suprema. El vencedor se ha mostrado implacable en esta condicion, como sin duda en todas las demás que forman el catálogo doloroso de la cuenta de gastos que ha de pagar la Francia.

No sabemos aun á punto fijo cuáles son estas condiciones; pero las que se dicen ya como seguras, bastan para comprender toda la extension de la desgracia que abruma á este pais material y moralmente.

Dicese, pues, que la indemnizacion de guerra se eleva á la suma enorme de cinco mil millones de francos, y que las cesiones de territorio comprenden toda la Alsacia y la Lorena alemana y la plaza de Metz, una de las pocas fortalezas inexpugnables que hay en el mundo, la que resistió á Carlos V, aquel otro emperador de Alemania, que sin embargo sabia atacar á las ciudades que queria conquistar y no esperaba pacientemente durante largos meses á que se rindieran por el hambre.

Grande, terrible ha debido ser el dolor de los negociadores franceses que pusieron sus firmas al pié de un tratado en el que se consienten tales despojos, mezclados con la humillacion inmerecida de la entrada en París para solemnizar sus victorias.

Si, debieron serlo, cuando estos negociadores eran M. Thiers que hacia seis dias habia dicho en Burdeos que « solo aceptaria una paz honrosa »; y Jules Favre que desde hace seis meses ha repetido en todos los tonos que la Francia no cederia « ni una pulgada de su territorio ni una piedra de sus fortalezas », declaracion confirmada por todos los miembros del gobierno de la defensa en repetidas ocasiones.

Así no nos estraña que en presencia de las exigencias de M. de Bismark, hayan estado á punto de romper las negociaciones, y que con la muerte en el corazon, como dicen los diarios semi-oficiales, ellos y la comision de los quince delegada por la Asamblea de Burdeos, se resignaran por fin á sufrir lo que debieron considerar inevitable.

¿Hará lo mismo la Asamblea de Burdeos?

Lo ignoramos y no queremos adelantar juicios sin fundamento en cuestiones de tanta importancia.

Historiadores de los hechos que pasan á nuestra vista, nuestra principal tarea consiste en reseñar aquí la actitud de la poblacion de París en presencia de tan espantosas calamidades.

Toda la semana el gobierno se habia encerrado en el mas completo silencio con respecto á las negociaciones. Sabíase que frecuentemente M. Thiers y M. Jules Favre celebraban entrevistas con M. de Bismark, algunas de ellas hasta de nueve horas, y por las indicaciones de la prensa que pasa por bien informada, se traslucian algunas vagas noticias que sin embargo, daban á entender que era muy lento y muy laborioso el trabajo diplomático.

Hasta hubo un dia en que se creyó que la negociacion habia fracasado; mas luego al siguiente se dijo que otra vez estaban los ministros en camino de entenderse; y por último, los oficiosos anunciaron que se habian firmado los preliminares.

Esto era el domingo 26, el dia que concluia el armisticio y al mismo tiempo que se daba aquella noticia, se añadia que el lunes de madrugada los prusianos entrarían en París por el arco de Triunfo y la avenida de los Campos Elíseos.

La siniestra nueva cundió por la poblacion con la velocidad del rayo.

— ¿Por qué calla el gobierno? se preguntaban todos.

Y comenzaban á formarse grupos en distintos puntos de la ciudad, en la calle de Rivoli, en la plaza del Palacio Real y en los bulevares.

La noche aumentó la animacion.

Los periódicos que se publican á última hora confirmaban la entrada de los prusianos en la madrugada del siguiente dia; pero el gobierno seguia callando.

En los barrios por donde debía tener efecto la entrada del enemigo, la poblacion se encontraba profundamente conmovida.

Lo mismo en derredor del arco de Triunfo que en la avenida de Eylau y en la de Neuilly, la gente agrupada en las altas horas de la noche, hablaba con terror ó indignacion de la visita del vencedor; en tanto que en barrios opuestos, Belleville, Menilmontant, Montmartre, Charenton y Mon-

trouge se tocaba generala y la guardia nacional se reunia y se preparaba á salir con armas á recibir á los alemanes.

Los jefes de los batallones que efectivamente se pusieron en marcha hácia el punto señalado, celebraron en el palacio de la Industria una especie de consejo, en el que se trató de la resistencia y de las medidas que debian tomarse, para evitar á París la humillacion de una ocupacion sin lucha.

Empero á todo esto transcurrian las horas, los prusianos no llegaban, y los batallones que se habian puesto en movimiento emprendian la retirada al interior de París, trayéndose consigo las piezas del parque de artillería de la plaza de Wagram que llevaron, algunas de ellas tiradas por hombres, á la plaza de Vosges, á la Bastilla y á Montmartre.

El lunes por la mañana se decidió por fin el gobierno á darnos cuenta de lo acaecido.

Las notas oficiales tenian la fecha del 26 y decian que aquel mismo dia se habian firmado los preliminares de la paz, que serán sometidos al voto de la Asamblea nacional de Burdeos; que se habia concluido un nuevo armisticio de quince dias; pero que, á pesar de todos los esfuerzos que se habian hecho, no habia sido posible impedir que entrasen en ciertos barrios las tropas alemanas.

Sin embargo, el gobierno decia que habia una compensacion; que los prusianos habrian renunciado á la entrada en París si se les hubiese concedido definitivamente la importante plaza de Belfort; á lo cual se contestó « que si París podia consolarse en su dolor, seria con la idea de que este dolor le valdria al pais la restitution de uno de sus baluartes que se ha ilustrado tantas veces con una resistencia heroica ». Luego veremos que á las pocas horas se dió otra explicacion sobre la entrada en París de los prusianos.

La nota concluia haciendo un llamamiento á los habitantes para que permaneciesen unidos y dignos ante semejante desgracia.

Los pormenores sobre la ocupacion que acompañaban á esta declaracion del gobierno, firmada por el ministro del Interior, eran muy breves.

Decíase que la entrada de las tropas enemigas tendria efecto el miércoles 1º de marzo á las diez de la mañana; que el ejército alemán ocuparia el espacio comprendido entre el Sena y la calle del Faubourg Saint-Honoré, desde la plaza de la Concordia hasta el barrio de Ternes; que el efectivo de las tropas introducidas no pasaria de treinta mil hombres y que la evacuacion se efectuará inmediatamente, despues que los preliminares de la paz hayan sido ratificados por la Asamblea.

¿Mientras el ejército alemán esté en París no hará requisicion alguna y atenderá á su propia subsistencia; los soldados serán alojados, en lo posible, en los edificios de la nacion, el ejército francés ocupará la orilla izquierda del Sena y nadie podrá presentarse con armas y uniforme en el terreno ocupado por las tropas alemanas.

París sabia ya á qué atenerse: los vencedores de una ciudad rendida por el hambre se preparaban á gozar de su triunfo, haciendo una entrada parcial en número de treinta mil hombres.

Por todas partes se leian con avidez estas siniestras noticias y se comentaban aquí con tristeza, allí con indignacion y con rabia.

En muchos barrios eran arrancadas de las paredes las notas del gobierno por el pueblo y los guardias nacionales.

Veíase que el movimiento de la noche anterior tomaba cuerpo y aparecia como una inminente amenaza.

Hablábase ya de las barricadas en diferentes puntos de la poblacion, barricadas en las que se ponian los cañones procedentes del parque de la plaza de Wagram, saqueado como antes hemos dicho, y todo parecia prepararse como para un conflicto de carácter muy serio.

Entonces el gobierno tomó otra vez la palabra, y en la tarde del lunes se fijó en los sitios públicos una proclama á los habitantes de París firmada por M. Thiers, jefe del poder ejecutivo, y por M. Jules Favre y M. Ernest Picard, ministros.

Esta proclama no es otra cosa que un nuevo llamamiento á la cordura y al patriotismo de los habitantes. « Teneis en vuestras manos, dice, la suerte de París y la de Francia, y de vuestra actitud depende su salvacion ó su pérdida. »

El gobierno trata de sincerarse de haber hecho la paz por que la situacion se la imponia imperiosamente; el hambre habia producido la rendicion de París y los ejércitos de socorro estaban derrotados.

Seis dias han disputado los negociadores palmo á palmo el terreno con el enemigo, hasta que al fin apremiado el tiempo, porque se concluia el armisticio y se iban á romper de nuevo las hostilidades, firmaron la paz y prolongaron la suspension de armas, prolongacion que no ha podido obtenerse sino á costa « de una ocupacion parcial y muy momentánea de un barrio de París ». En cuanto se ratifiquen los preliminares de paz, obra en que se tardarán pocos dias, cesará la ocupacion prusiana.

Ahora bien, añade el gobierno « si no se respetara este convenio se romperia el armisticio; el enemigo, dueño ya de los fuertes, ocuparia á viva fuerza todo París: vuestras propiedades, vuestras obras maestras, vuestros monumentos cesarian de estar garantidos, como lo están hoy por el tratado. Y esta desgracia alcanzaria á toda Francia. Los horri-

bles destrozos de la guerra que aun no han pasado de las márgenes del Loira, se extenderían hasta los Pirineos. Por eso es una verdad absoluta que se trata de la salvación de París y de Francia ».

A esta manifestación del gobierno en la que promete al país una nueva era de paz y de prosperidad pública, si se toma en cuenta su llamamiento á la disciplina y la concordia, acompaña una orden del día del general Vinoy, comandante en jefe de la guardia nacional y del ejército de París, vituperando la actitud de los batallones que en la noche anterior habían tomado las armas, y apelando á la mayoría de la guardia ciudadana para mantener el orden, mas indispensable que nunca en unas circunstancias como estas, en que la menor agitación puede suministrar pretextos y causar irreparables desgracias.

Tanto el gobierno como el general hablan un lenguaje muy propio de la situación en que París se encuentra.

Con efecto, ¿qué resultados podría dar una lucha desesperada, cuando París ha capitulado, cuando se han firmado los preliminares de paz y cuando la capital, con la posesión de los fuertes se halla enteramente en poder del enemigo ?

En seis horas puede ser destruido todo París, decía días pasados un despacho telegráfico de Versalles, dirigido sin duda con toda intención á la prensa inglesa.

Así ha sido, que á la voz del gobierno se han unido los consejos de los periódicos de París hasta los mas exaltados y las exhortaciones de los comités de trabajadores para preconizar la paciencia y la resignación en los días que puede durar la ocupación prusiana.

No, dicen los diarios republicanos, no haremos resistencia porque no queremos exponer la ciudad de París á un bombardeo, porque no queremos exponer á la muerte á un millón de seres inofensivos, mujeres, hombres y ancianos, provocando el incendio de París.

No queremos empeñar una lucha sin esperanza, que solo aprovecharía á los enemigos de la Francia y de la República.

Tengamos la dignidad de la desgracia y evitemos la locura de la desesperación.

Hagamos el vacío en torno del enemigo y permanezcamos quietos en nuestras casas cerradas.

Estos patrióticos consejos que la prensa mas exagerada dirige á sus correligionarios han principiado ya hoy á dar buenos frutos.

La agitación es mucho menor que ayer. Los oradores turbulentos no son escuchados en las calles con tanto aplauso, porque todo el mundo comprende que la menor tentativa de resistencia podría producir espantosas catástrofes.

Por lo demás, la prensa no se ha limitado á dar consejos, sino que promete tambien un ejemplo altamente patriótico.

Reunidos el lunes los directores de todos los periódicos de París, acordaron por unanimidad la resolución siguiente, que figura á la cabeza del número publicado por cada uno de ellos hoy martes 28 de febrero :

« En el momento en que se ha anunciado oficialmente la entrada de los prusianos en París, los directores de los periódicos cuyos nombres siguen confundidos en un mismo sentimiento de patriotismo, creen de su deber insistir de nuevo cerca de la población parisiense para que conserve en tan cruel situación la calma y dignidad que exigen imperiosamente las circunstancias. Por su parte han resuelto suspender la publicación de los diarios que dirigen mientras dure la ocupación prusiana. »

Hé aquí los títulos de estos diarios :

<i>L'Opinion nationale.</i>	<i>La Mercuriale des Halles et</i>
<i>Le Rappel.</i>	<i>Marchés.</i>
<i>Journal des Débats.</i>	<i>Paris-Journal.</i>
<i>Le Charivari.</i>	<i>Le Gaulois.</i>
<i>Le Journal de Paris.</i>	<i>La Liberté.</i>
<i>La France.</i>	<i>Le Vengeur.</i>
<i>Le Pays.</i>	<i>Le Temps.</i>
<i>Le Figaro.</i>	<i>La Verité.</i>
<i>Le Siecle.</i>	<i>La Patrie.</i>
<i>Le Soir.</i>	<i>L'Electeur libre.</i>
<i>La Presse.</i>	<i>L'Ami de la France.</i>
<i>La Cloche.</i>	<i>La Gazette des Tribunaux.</i>
<i>Le Mot d'ordre.</i>	<i>Le Cri du Peuple.</i>
<i>Le Droit.</i>	<i>L'Avant-Garde.</i>
<i>Le Constitutionnel.</i>	<i>France nouvelle.</i>
<i>Le National.</i>	<i>Le Petit Journal.</i>
<i>L'Avenir libéral.</i>	<i>La Petite Presse.</i>
<i>Le Messager de Paris.</i>	<i>Le Moniteur universel.</i>
<i>Gazette de France.</i>	<i>Le Petit Moniteur.</i>
<i>Echo du Commerce.</i>	<i>Le Français.</i>
<i>Le Moniteur de l'Agriculture.</i>	<i>Le Peuple français.</i>
<i>L'Univers.</i>	<i>L'Avenir national.</i>

Si los parisienses siguen, segun es de creer, los consejos del gobierno y de la prensa, la ciudad sin periódicos, con las tiendas y las casas cerradas, sin transeúntes en las calles, ni cafés, ni teatros, aparecerá mañana como un vasto sepulcro á la entrada de los prusianos; y esto es lo que se espera del patriotismo de todas las clases.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

MI DESTINO.

I.

¿ Por qué me amaste dí, virgen hermosa ?
 ¿ Por qué arrobada en seductor delirio
 Bañó mi frente tu amoroso llanto ?
 ¿ Por qué ta labio de carmin y rosa
 Junto al mio exhaló suspiros tiernos ?
 ¿ No ves la muerte con su negro manto ?
 ¿ No percibes la luz del opaco cirio
 Y el zumbido infernal de esa campana ?
 Pues bien, aparta, que el injusto cielo
 Cubrió mi frente con siniestro lema
 Y en mí la rabia que le agita insana
 El bárbaro sació; lanzóse al suelo
 Y al despertar del sueño de la infancia
 Vive, me dijo, mas gozar no esperes :
 Maldita es tu misión sobre la tierra,
 Maldito tu existir, y en tu arrogancia
 Maldecirás á Dios y á lo creado :
 No gozarás de amor ni de placeres,
 Ni el tierno lecho partirán contigo ;
 Y ¡ ay del mortal que en tu sepulcro helado
 Lágrimas vierta ó funerales flores !
 Tú no debes tener mujer ni amigo.
 Y al punto el huracán de las pasiones
 Silbó en mi pecho con atroz firmeza,
 Y entre borrascas mi azarosa vida
 Fluctúa sin cesar; mii ilusiones
 Nacen y mueren cual falaz belleza
 En los ensueños del amor nacida ;
 En vano quiero amar... solo en el mundo
 Nadie mitiga mi dolor profundo.

Que el destino

Misterioso
 Maldita tiene mi frente :
 Y en un caos
 Tenebroso
 Sumió mi pecho inocente.
 Y el hombre es perverso,
 Falaz, corrompido,
 Y al oro vendido
 Piedad no tiene del mortal doliente ;
 Sumido en los vicios
 Soñando grandezas,
 Honores, riquezas
 Adula al rico, insulta al impotente.

II.

Huye mi lado mujer
 Angel puro y candoroso,
 Busca en el mundo otro esposo
 Y olvida ya mi querer.

¿ No temas dí que tu amor
 Castigue el destino impio ?
 Aparta del lado mio
 Como de funesta flor.

¿ No ves que el cielo me dió
 Una existencia maldita ?
 Retira tu faz bendita,
 Que solo padezca yo.

En mis sueños yo te oí
 Angel bajado del cielo
 Para adorno de este suelo,
 Donde por mi mal nací.

Y en tu frente virginal
 Hallé mi dicha esculpida,
 Hallé con tu amor mi vida,
 Hallé mi bello ideal.

Y tú me amastes, mujer,
 Contra el decreto del hado
 Aparta, deja mi lado,
 Y olvida ya mi querer.

Deja que solo cual palmera altiva
 Que el viento azota en el fatal desierto
 Mi vida arrastre y mi destino incierto ;
 Deja que solo y maldecido viva.

Y cuando el ronco sonido
 De campana funeral
 Retumbe triste en tu oído
 La memoria de un mortal.

Y en torno de mis despojos
 No brillen flores ni luz ;
 No floren allí tus ojos,
 Pon solo espinas y abrojos
 Y en medio una tosca cruz.

E. VIVES.

Las ambulancias de la prensa

(DEPENDIENTES DEL MINISTERIO DE LA GUERRA).

Todo el mundo ha encontrado en París durante el sitio, preciosos carruajes de M. Binder, el famoso constructor cuyo nombre es conocido en todo el mundo. Su forma no podía dejar duda sobre su destino. Dos colchones de cuero por abajo y tres por arriba, colchones que se manejan fácilmente sobre rodillos móviles; y una tienda-abrigo por encima; hé ahí el aparato de transporte que arrastraba una pareja de vigorosos caballos, y con el cual todos los días las cinco grandes ambulancias de la prensa iban á las avanzadas á buscar heridos para los doce hospitales y las treinta dependencias abiertas á las víctimas de la guerra. Los enfermos eran transportados en omnibus especiales que se distinguían de lejos por sus banderas flotantes con esta inscripción :

AMBULANCIAS DE LA PRENSA

DEPENDIENTES

DEL MINISTERIO DE LA GUERRA.

¿ Qué eran estas ambulancias ? ¿ Cómo se habían formado ? ¿Cuál era el secreto del favor que disfrutaban ?

Vamos á responder á estas preguntas antes de que haya terminado su papel, antes que su existencia, afortunadamente efímera, las haya relegado entre los recuerdos históricos del sitio.

Mucho se habla de la iniciativa privada, y con efecto hay pocos ejemplos mas notables que este de lo que puede provenir en Francia cuando está bien dirigida.

El 16 de julio de 1870 algunos directores de periódicos se reunían congregados por uno de sus colegas, M. Edmundo Tarbé, y proponían que se organizara una suscripción patriótica en favor de los ejércitos franceses, empleando para ello la publicidad periódica. La idea bien acogida hizo tales progresos, que pocos días después se reunió una asamblea general de la prensa que nombró un comité para dirigir su ejecución.

Así recogieron sueldo á sueldo hasta un millón de francos, y entonces se preguntarian cuál sería el empleo mejor que podrían hacer de estos fondos.

Dejamos la palabra al relator M. de la Grangerie, que se expresa en los siguientes términos :

« Antes del rompimiento de las hostilidades, el comité de las ambulancias de la prensa se proponía alcanzar un triple objeto ;

» Mejorar la vida del soldado en campaña ;
 » Socorrer á los heridos en el campo de batalla ;
 » Indemnizar después de la guerra á las familias que mas hubiesen sufrido.

» La primera parte de este programa no pudo ejecutarse ; pues la rapidez de nuestros desastres no permitió al comité que se entendiera con los jefes de cuerpo para dirigirles útilmente los dones que se proponía ofrecer á nuestros soldados, de modo que abandonó resueltamente las tradiciones de la suscripción para el ejército de Crimea, y fijando su atención en el segundo punto, se ocupó de los socorros á los heridos en el campo de batalla.

» Los esfuerzos individuales y colectivos de la caridad privada y pública, comenzaban á dar á la guerra un carácter particular que no habían tenido la guerras anteriores. El convenio de Ginebra había inscrito oficialmente en el código bárbaro de los combatientes el derecho imprescindible de la humanidad ; los filántropos acudían á alistarse bajo la bandera blanca de cruz encarnada ; no faltaba á todo esto mas que una dirección y nuestro comité la ha encontrado en un ilustre maestro, con la ciencia, firmeza y alta inteligencia necesarias para crear lo que no existía aun y coordinar lo que ya existía, los elementos de una grande obra. El doctor Ricord organizó, pues, rápidamente para la lucha que en París se preparaba, el ejército medical y quirúrgico



SITIO DE PARIS. — Ambulancias de la Prensa francesa : Vista general del gran establecimiento de Longchamps en Passy.

voluntario que debía rivalizar en valor y patriotismo hasta en los campos de batalla con el ejército de defensa.

» Una ciudad asediada que da combates incesantes, que expone todos los días sus tropas á las dolorosas pruebas de la lluvia y del frío, llena muy pronto los establecimientos oficiales de socorro, y de aquí el papel de la caridad y de la iniciativa privada. La ambulancia se abre en el momento en que se cierra el hospital, y aquí aparece una doble necesidad, cual es la de recoger en las primeras filas al soldado que cae á las balas del enemigo, y trasportarle del

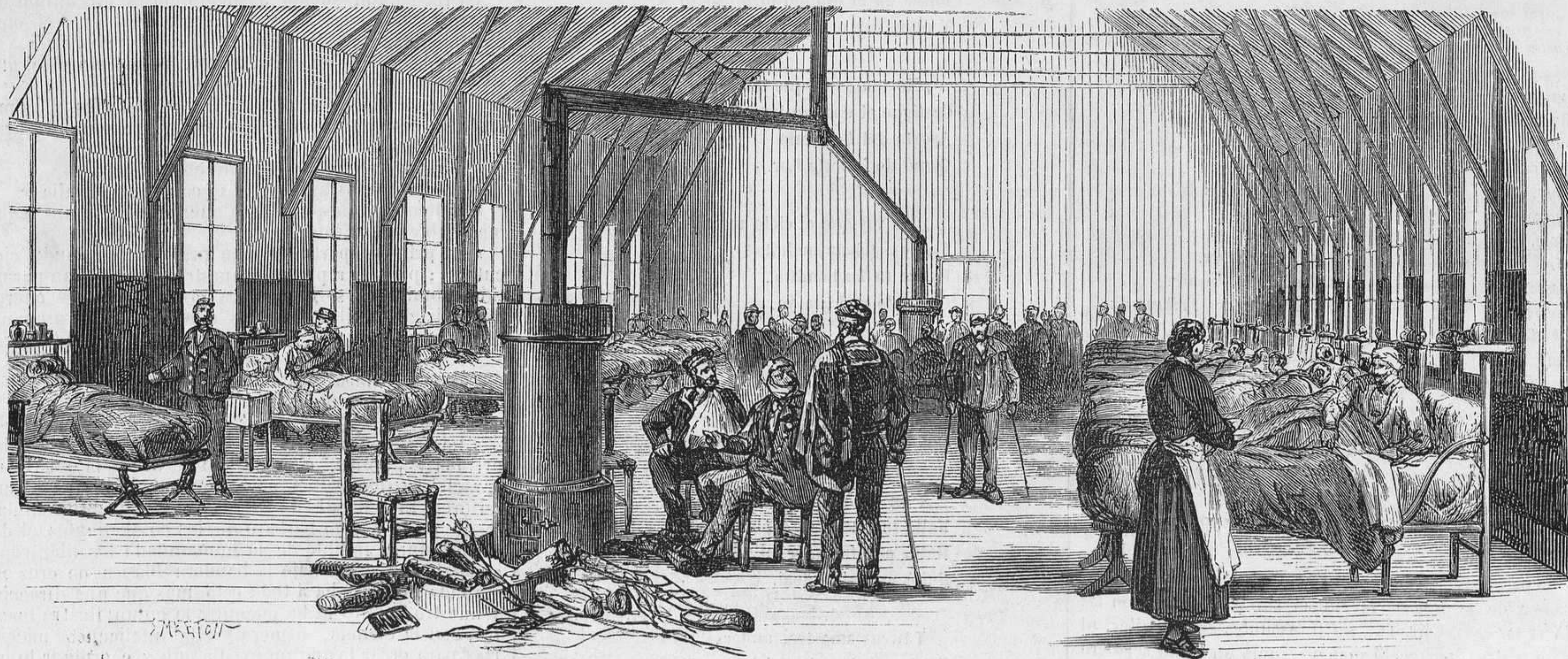


Los almacenes.

mejor modo posible hasta la cama. De aquí la ambulancia móvil y la ambulancia fija, la primera destinada á proveer á la segunda.

» Tal es el punto de partida de la organización de las AMBULANCIAS DE LA PRENSA, como su comité la ha comprendido y ejecutado.

» Desde el primer día han funcionado con celo y regularidad en toda la línea de asedio, cinco ambulancias situadas á iguales distancias, compuestas de médicos y de mozos de transporte en número suficiente, con todo el material necesario para la primera cura de los heridos y enfermos.



Interior de una sala de heridos.

con camas provisionales, con medios de transporte rápidos y confortables. A medida que la línea de defensa se extendía mas, se instalaban puestos en las avanzadas, á algunos centenares de metros del enemigo, tan cerca que muchos de los nuestros fueron heridos por los proyectiles.

» Los días de batalla doscientos carruajes cargados de colchones, mantas y angarillas, llevaban al campo de la lucha un numeroso personal que hizo valerosamente sus pruebas y cuenta bastantes víctimas para que sea necesario hacer aquí su elogio.

» Doce mil hombres han sido recogidos dia por dia, por los puestos ambulantes y traídos al interior de Paris.

« Nuestros hospitales-ambulancias, que son doce, administrados por los directores y servidos por las hermanas de la Caridad y los hermanos de la Doctrina cristiana, y las treinta ambulancias sucursales han albergado desde el principio del sitio hasta el 31 de diciembre mas de dos mil heridos ó enfermos, que representan cuando menos treinta mil dias de tratamiento. »

Así, pues, gracias á la iniciativa privada, se ha podido reunir mas de un millon de francos en favor de los ejércitos, y gracias á ella tambien, se ha podido dar la

hospitalidad con esos fondos, del 18 de setiembre al 31 de diciembre, á 2,000 heridos y enfermos, que han estado en cura 30,000 dias.

Pero aun se ha hecho mas: se ha organizado bajo la bandera de Ginebra á todo un valiente ejército de jóvenes médicos y sabios doctores que han prodigado sus cuidados aun ante el fuego del enemigo, á las víctimas de la guerra.

Era de ver cómo acudían al campo de batalla todos

¡Qué de cuidados, sobre todo cuando se trataba de heridas graves!

Los hermanos están ya en camino con su pesada carga y avanzan lentamente para evitar los choques y tropiezos al pobre moribundo.

Ahí está el desgraciado sobre esa hamaca de paja tejida y flexible; con una almohadita debajo de la cabeza y una manta de lana clavada en la camilla que le cubre desde los hombros hasta los pies; á veces con-

aquellos hombres, jóvenes ó viejos, con su saco de lienzo á la espalda, su cartera de instrumentos en el bolsillo, y su cantimplora de vino al lado para mejorar los labios del herido.

Su tarea no es fácil.

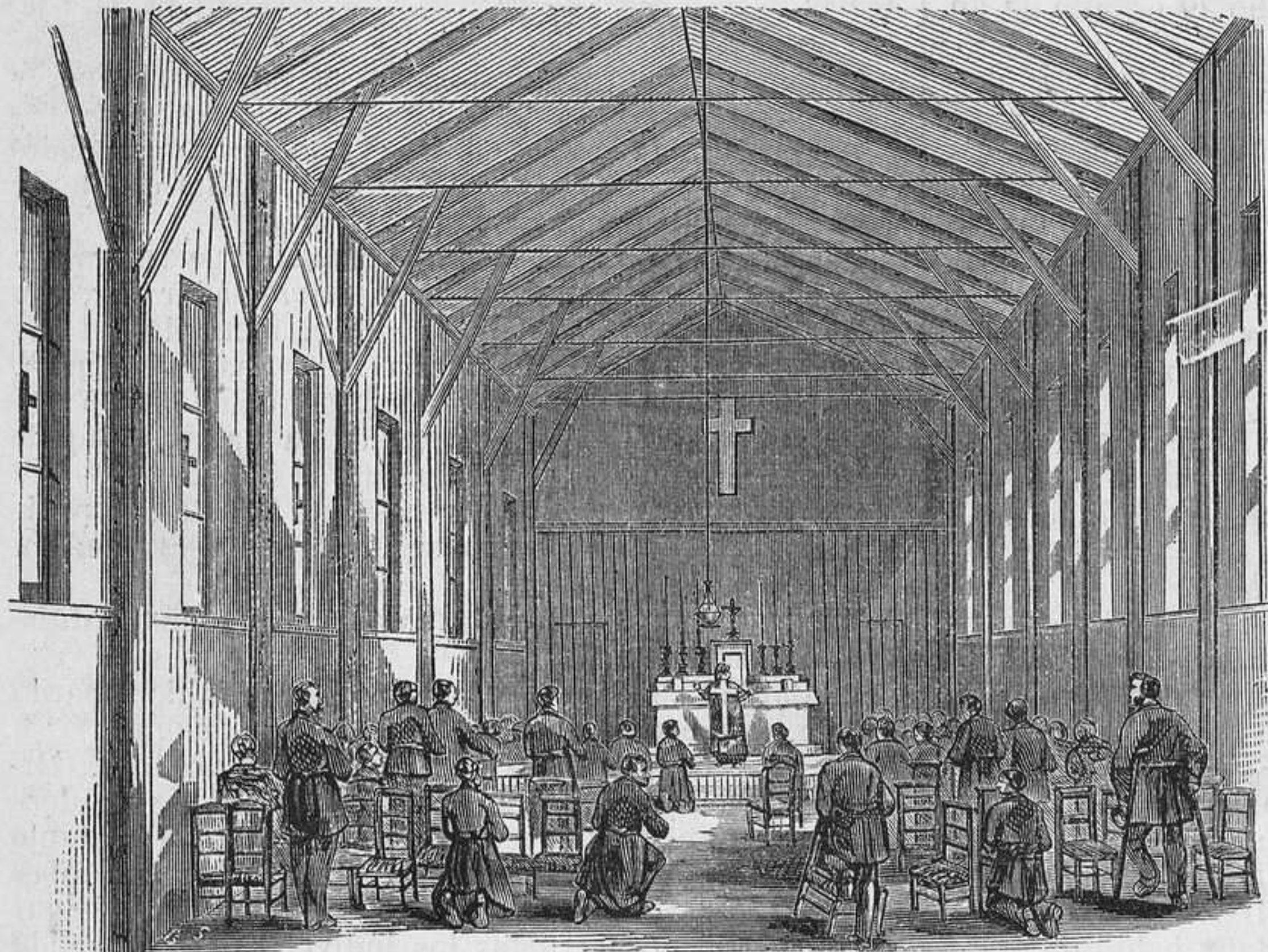
Tenían que arrodillarse en el suelo mojado, en la nieve ó en el fango, levantar la cabeza del herido, interrogarle, registrar la herida, buscar el proyectil, apreciar rápidamente la extensión del mal, aplicar el primer bálsamo, y á veces procurar el último alivio posible.

Cerrados los bordes de la llaga y puesto el apósito comenzaba un viaje penoso y peligroso, por entre la tierra removida, los restos, los cadáveres y el movimiento del campo de batalla.

A una señal del doctor se acercaban los hermanos encargados de trasportar al herido.



El laboratorio de las tisanas.



Capilla.

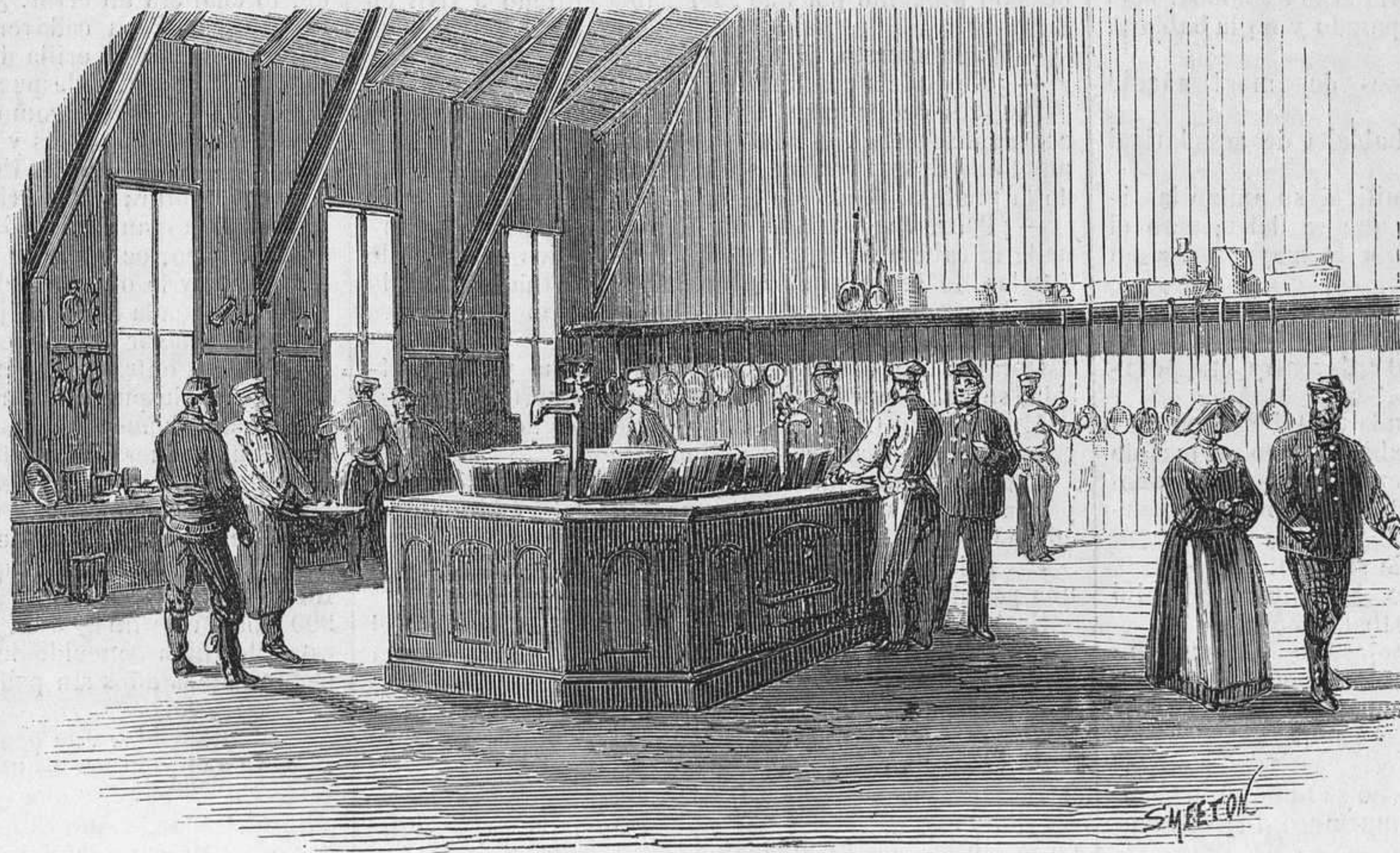


Botica.

serva su arma entre sus manos crispadas; otras sus brazos cuelgan inertes, tiembla, se desmaya ó deja escapar gemidos.

Los hermanos apresuran el paso, el carruaje Binder no está ahí todavía y es preciso dejar al mártir sobre un colchon en el suelo, en alguna habitacion trasformada en ambulancia, donde algun joven médico restablece el aparato que se ha resbalado, introduce un cordial en la boca del paciente, corta un miembro que cuelga del tronco, contiene la hemorragia, liga las arterias... ¡Consolador espectáculo!...

Seria preciso citarlos á todos ó no citar á nadie; pero sin embargo, el nombre de Ricord no puede pasarse en silencio. Ricord á los setenta años se ha dejado



Cocina.

ver en primera línea, en Chatillon, l'Hay-Bagneux, Rueil, Villiers, el Bourget y Buzenval, siempre ligero, acudiendo á todas partes, animando á todo el mundo.

Todo el mundo le conocía y le saludaba y los generales le enviaban á buscar y le decían:

— Estaos aquí, doctor, si me sucede alguna cosa quiero teneros á mano.

Pero Ricord les dejaba para atender al simple soldado, que levantaba y consolaba prodigándole toda su ciencia y todos sus cuidados.

En Champigny el general Ducrot le mandó á buscar. Se informan y preguntan:

— ¿En dónde está el doctor Ricord?

— Por aquí, dijo uno, acabo de verle pasar.

— No, exclamó, echando una mirada recelosa hacia la baranda.

— No todos esos fraudes diabólicos están cortados por el mismo patron, y así sucede que hay que tener cien ojos. Pero ¿qué prueba existe de que los restos humanos hallados en el río de Hillsborough son los de Enrique Little?

— Lo que es yo no puedo afirmarlo; lo que sí diré es que nadie lo duda. Las circunstancias, las ropas, el anillo de oro, todas esas coincidencias...

— Corriente, eso estaría muy bien si no hubiera bribones en el mundo, y si la experiencia no nos enseñara que debemos desconfiar de muchas cosas. Bastante me cuesta á mí el ser desconfiado. El *Buitre* ha perdido 900 libras por su credulidad, y no quiero que ahora pierda 5,000 por lo mismo.

M. Garden llamó y al cabo de un instante, dijo:

— En el caso de Enrique Little no se le ha ocurrido á nadie la idea de una impostura, y yo tampoco habria recelado nada sin el asunto de Dick el escondido. Sin embargo, admitid por un instante esta idea (si es que puede penetrar en un espíritu tan leal como el vuestro) y vereis que el caso no está bien claro. Un simple obrero (Enrique Little no era mas en aquella época) asegura su vida, y la asegura no por una cantidad insignificante, sino por una suma enorme, por 5,000 libras esterlinas. El mismo año desaparece á consecuencia de una explosion. Algunas semanas despues, el mismo tiempo que trascurrió en la de Martin, se encuentran en el río algunos restos humanos... Un brazo adherido á un fragmento de tronco, pero nada de la cara... Tened en cuenta que todos los brazos se parecen... Al brazo acompaña una manga de un color oscuro y dicen que es el vestido de Little... Ahora bien, el cadáver que hicieron pasar por el de Ricardo Martin llevaba las ropas que decían vestía aquel personaje... Vamos mas adelante: la mano hallada con el brazo en el río de Hillsborough tenia un anillo de oro, y mi hija habia dado á Little un anillo igual... ¿Qué prueba esto? ¿No ha podido un impostor comprar un cadáver y poner un anillo de oro en la mano que arrojó al río debajo de los escombros de la fábrica?... Nada mas fácil. Los pobres suelen vender su cadáver y mas de una vez entierran féretros llenos de piedras. Si tuviera aquí pluma y tinta podria escribir en dos columnas la relacion de los dos casos y veriais que las dificultades eran todavía mayores para la impostura de Martin que para Little... El cuerpo del supuesto Martin estaba entero, y aquí solo tenemos un brazo. ¿No os extraña que no se haya encontrado lo restante del cuerpo de Little? No sé si me engaño; pero presumo que pronto se presentará alguno llamándose heredero de Enrique Little y reclamará al *Buitre* la suma de 5,000 libras esterlinas. Que venga; yo le diré que no creo en la identidad del brazo, ni de la mano, ni de la manga, ni del anillo de oro... Pediré que me presenten la cara, y es preciso que su madre la reconozca antes de que yo pague un chelin del seguro. Lo que me sorprende es que no se haya presentado nadie todavía... ¿Qué pensais?... Veo que palideceis: ¿qué teneis?... Excusadme, no es una conversacion muy divertida para postres.

Con efecto, Coventry estaba muy pálido y no sabia qué responder.

La sagacidad de M. Garden le horripilaba.

Lo peor es que estaba bien seguro de que Gracia lo oia todo.

Sin embargo, acudiendo á su destreza natural, dió una contestacion muy artificiosa y dirigida principalmente á la que escuchaba sin ser vista.

— Amigo mio, le dijo, todo eso es muy ingenioso, pero se me figura que olvidais una cosa, y es el carácter del individuo. M. Little me ha arrebatado el corazón de una persona á quien amo y ha hecho la desgracia de mi existencia, mas no por eso puedo ser injusto con él. Quizás ha obrado mal con vuestra hija, si es cierto que la ha engañado como se asegura; pero le creo incapaz de engañaros á vos ni á nadie por una cantidad de 5,000 libras. Su probidad en negocios está al abrigo de toda sospecha.

— Le juzgais por vos mismo; además su conducta con mi hija no habla en su favor. Se principia por engañar á una mujer y luego... ¡Oh! cielo, mi pobre Gracia ¿nos escuchabais?

Gracia estaba de pié cerca de la ventana, pálida y con los ojos echando fuego.

— Sí, exclamó, he cometido esa indiscrecion y bien caro la pago... M. Coventry, sois un hombre generoso y os agradezco vuestras palabras.

Y dirigiéndose á M. Garden añadió:

— No, padre mio, no es un impostor, lo juraria. Si está en vida pronto lo sabremos.

— ¿Cómo?

— Escribirá... á Jael Dence.

Despues de haber pronunciado estas singulares palabras la jóven desapareció; exhalando un grito de angustia.

No se la vió mas en toda la noche.

En la otra mañana, Gracia no salió de su cuarto; y M. Garden, que pasó una hora con ella, bajó muy abatido.

Se llevó á M. Coventry al jardín, y cuando estuvieron solos, le dijo gravemente:

— M. Coventry, la malhadada conversacion de ayer ha trastornado á mi hija... No quiere creer la muerte de Little, y dice que no creerá mientras no pasen muchos meses sin que haya escrito á Jael Dence.

(Se continuará.)

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

I.

Por los años de 1775 se veia cerca del bosque de Epping, á unas doce millas de Londres, un establecimiento público llamado *Maypole* (1), como podian reconocerlo todos los viajeros que no sabian leer ni escribir (y hace sesenta y seis años no era preciso ser viajero para hallarse en este caso) mirando el emblema que se alzaba en uno de los lados del camino y enfrente de dicho establecimiento. No quiero decir con esto que este emblema tuviese las nobles proporciones de los maypoles que se plantaban por lo comun en los antiguos tiempos, pero era cuando menos un freno de treinta piés de altura y recto como la flecha mas recta que ha podido disparar jamás el ballestero mas diestro de Inglaterra.

El *Maypole* (esta palabra designará en adelante el edificio y no su emblema) era un vetusto caseron con mas vigas en los aleros del tejado que las que pudiera contar un ocioso en un día de sol; con grandes chimeneas angulosas de donde parecia que ni el mismo humo podia salir sino bajo formas naturalmente fantásticas, merced á su tortuosa ascension, y finalmente, con vastas caballerizas sombrías, medio arruinadas y desiertas.

Deciase que esta casa se habia construido en la época de Enrique VIII, y existia una leyenda segun la cual, no tan solo la reina Isabel, durante una excursion de caza, habia dormido allí una noche en cierta sala de paredes de encina labrada y de anchas ventanas, sino que al día siguiente, hallándose la reina doncella en pié sobre el poyo de piedra delante de la puerta y dispuesta á montar, descargó sendos puñetazos y bofetones á un pobre paje por algun descuido en su servicio. Las personas positivas y escépticas, en minoría entre los parroquianos del *Maypole*, como lo están siempre por desgracia en todas partes, se inclinaban á considerar esta tradicion como apócrifa, pero cuando el dueño de la antigua posada apelaba al testimonio del mismo poyo, cuando con ademan de triunfo hacia ver que la piedra habia permanecido inmóvil hasta el día de hoy, los incrédulos se veian siempre derrotados por una mayoría imponente y todos los verdaderos creyentes se gozaban en su derrota.

Sin embargo, prescindiendo de la autenticidad ó falsedad de esta tradicion y de otras muchas por el mismo estilo, lo cierto es que el *Maypole* era un edificio muy viejo, mas viejo tal vez de lo que pretendia ser y de lo que parecia por su aspecto, lo cual sucede con frecuencia con las casas de edad incierta lo mismo que con las damas de cierta edad.

Sus ventanas tenian cristales verdosos sujetos con plomos, sus pavimentos estaban encorvados y llenos de desigualdades, y sus techos ennegrecidos por la mano del tiempo y sostenidos por pesadas vigas. La puerta estaba defendida de la lluvia y del sol por un antiguo pórtico esculpido de una manera extraña y grotesca, y era este el silio donde en las noches de verano los parroquianos favoritos fumaban y bebían, y hasta cantaban tambien alguna antigua cancion, descansando en los asientos de elevado respaldo y de forma imponente, que como los dragones gemelos de no sé qué cuento de hadas, guardaban la entrada del castillo.

Las golondrinas construian sus nidos muchos años hacia en las chimeneas de los aposentos abandonados, y desde que principiaba la primavera hasta que espiraba el otoño, colonias enteras de gorriones revoloteaban en los aleros de los tejados. En el patio de la sombría caballeriza y en los edificios exteriores se veian las palomas á bandadas; y aunque estas aves formaban con su hermoso plumaje un notable contraste con el aspecto grave y severo del edificio, sin embargo, el continuo monótono canto de las enamoradas parejas era muy propio del *Maypole* y parecia convidarle á dormir. Y en efecto, la vetusta casa con sus pisos sobrepuestos y su fachada encorvada y apoyándose en el piso bajo, parecia que inclinaba la cabeza en medio de su sueño. Por otra parte, no se necesitaba hacer grandes esfuerzos de imaginacion para descubrir en ella una infinidad de semejanzas con la humanidad, pues los ladrillos con que habia sido construida y que fueron primitivamente de un color rojo oscuro, se habian vuelto amarillos y pálidos como la cara de un anciano, las sólidas vigas se habian caido como se caen los dientes de una mandíbula vieja, y la hiedra, como una capa caliente y propia para reanimar su ancianidad, envolvía por diferentes puntos con sus verdes hojas las paredes carcomidas por el tiempo.

Era sin embargo una vejez robusta y aun generosa, y en las tardes de verano ó de otoño, cuando el sol al ocultarse iluminaba las encinas y los castaños del bosque vecino, la vetusta casa, reflejando sus dorados rayos, parecia ser una digna compañera y podia lisonjearse de que le quedaban aun largos años de vida.

(1) Arbol de mayo, comunmente llamado mayo.

La tarde en que conducimos al lector al *Maypole* no era una de esas hermosas tardes de verano ó de otoño, sino el crepúsculo de un día de marzo. El viento aullaba de una manera espantosa al través de las desnudas ramas de los árboles, y mugiendo sordamente en las anchas chimeneas y azotando la lluvia las ventanas del meson, daba á los parroquianos que en él se hallaban en aquel momento, el incontestable derecho de prolongar su sesion, al mismo tiempo que permitia al poseedor profetizar que el cielo se despejaria á las once en punto, lo cual coincidía asombrosamente con la hora en que acostumbraba cerrar la puerta.

El nombre del ser humano sobre el cual descendia así la inspiracion profética era Juan Willet, hombre corpulento, de ancha cabeza, cuyo abultado rostro denotaba una profunda obstinacion y una rara lentitud de inteligencia, combinadas con una confianza ciega en su propio mérito. La jactancia ordinaria de Juan Willet en los momentos de buen humor consistia en decir, que si sus ideas adolecian de cierta lentitud, en cambio eran sólidas ó infalibles, aserto que no podia contradecirse cuando se le veia en todo el reverso de la medalla de la prontitud, cual uno de los campesinos mas regañones y mas absolutos que hubiesen existido, seguro siempre de que cuanto decia, pensaba ó hacia era irreprochable y cosa establecida y ordenada por las leyes de la naturaleza y la Providencia, siendo inevitable y de toda necesidad un disparate lo que decia, pensaba ó hacia en contrario cualquiera otra persona.

Juan Willet se levantó, se dirigió lentamente á la ventana, aplastó su abultada nariz sobre el frío cristal, y cerrando los párpados para que no le impidiese la vista el rojizo resplandor del hogar, contempló durante algunos segundos el estado del cielo. Despues volvió con lentitud hacia su asiento situado en un rincón de la chimenea, y sentándose con un ligero horripilamiento, como quien se ha expuesto al frío para saborear mejor las delicias de un fuego que caliente y brilla, dijo mirando uno tras otro á sus huéspedes:

— El cielo se despejará á las once en punto; ni antes ni despues.

— ¿En qué lo adivináis? preguntó un hombrecillo que estaba sentado en el rincón de enfrente; la luna está ya á menguante y sale á las nueve.

Juan miró pacífica y silenciosamente al que le interrogaba hasta que estuvo bien seguro de haber comprendido la observacion, y entonces dió una respuesta con un tono que parecia indicar que la luna era para él un negocio personal y en el que nadie tenia derecho á intervenir.

— No os inquieteis por la luna; no os tomeis ese trabajo. Dejad á la luna en paz, y yo os dejaré tambien en paz á vos.

— ¿Os habeis enojado? dijo el hombrecillo.

Juan calló largo rato hasta que la observacion penetró en su cerebro, y despues de encender la pipa y de fumar con calma, respondió:

— ¡Enojado! No.

Y continuó fumando en tranquilo silencio.

De vez en cuando lanzaba una mirada oblicua á un hombre envuelto en un ancho gaban con bordados de seda, galones de plata deslucidos y enormes botones de metal. Este hombre estaba sentado en un lado, separado de la clientela habitual del establecimiento; llevaba un sombrero de anchas alas que le caian sobre el rostro que ocultaba además la mano en la cual apoyaba la frente, y parecia un personaje poco sociable.

Veíase tambien sentado á alguna distancia del fuego otro forastero que llevaba botas con espuelas, y cuyos pensamientos, á juzgar por sus brazos cruzados, su ceñudo entrecejo y el poco caso que hacia del licor que dejaba sobre la mesa sin probarlo, se fijaban en asuntos muy diversos de lo que formaba el tema de la conversacion. Era un jóven de unos veinte y ocho años, de estatura regular y de rostro muy agraciado, pero de aspecto varonil. Ostentaba sus propios cabellos negros, vestía traje de montar, y ese traje, lo mismo que sus grandes botas, iguales por su forma á las que usan los modernos guardias de corps de la reina, revelaba el mal estado de los caminos. Pero aunque estaba salpicado de barro, iba bien vestido, hasta con riqueza, y en su elegante porte y en su gracia y distincion indicaba que era un *caballero*.

Veíanse sobre la mesa junto á la cual estaba sentado un largo látigo, un sombrero de alas achatadas muy apropiado sin duda á la inclemencia de la temperatura, un par de pistolas en sus pistoleras y una corta capa. Solo se deseubrian de su rostro las largas cejas negras que ocultaban sus ojos bajos, pero un aire de desembarazo negligente y de gracia tan perfecta como natural en los ademanes adornaba toda su persona y hasta parecia extenderse á sus pequeños accesorios, todos bellos y en buen estado.

(Se continuará.)

La zona prusiana

EN LAS INMEDIACIONES DE PARIS.

Desde que tenemos el armisticio, continuamente oímos esta pregunta: ¿Habeis visto á los prusianos? Es la palabra consagrada. Paris habia padecido tanto en la última quincena de enero, que la gente, en cuanto se firmó el armisticio, corrió á las líneas prusianas á com-

parar víveres que se obtenían mas baratos que en Paris.

Pero á estas horas han llegado ya muchas remesas, y por consiguiente el número de visitantes á las líneas enemigas ha disminuido mucho, hasta que cada cual se quede en su campo, el parisiense en su capital y el prusiano en sus nuevas avanzadas.

Otro movimiento que conviene señalar aquí es el de las personas que dejan á Paris, viaje bastante difícil por las formalidades que exigen los prusianos. Es preciso un pase en francés y en alemán donde conste el objeto de su viaje.

En el paseo que hemos dado por las inmediaciones de Paris, no hemos oido hablar mas que de víveres, y se cuentan historias bastante curiosas.

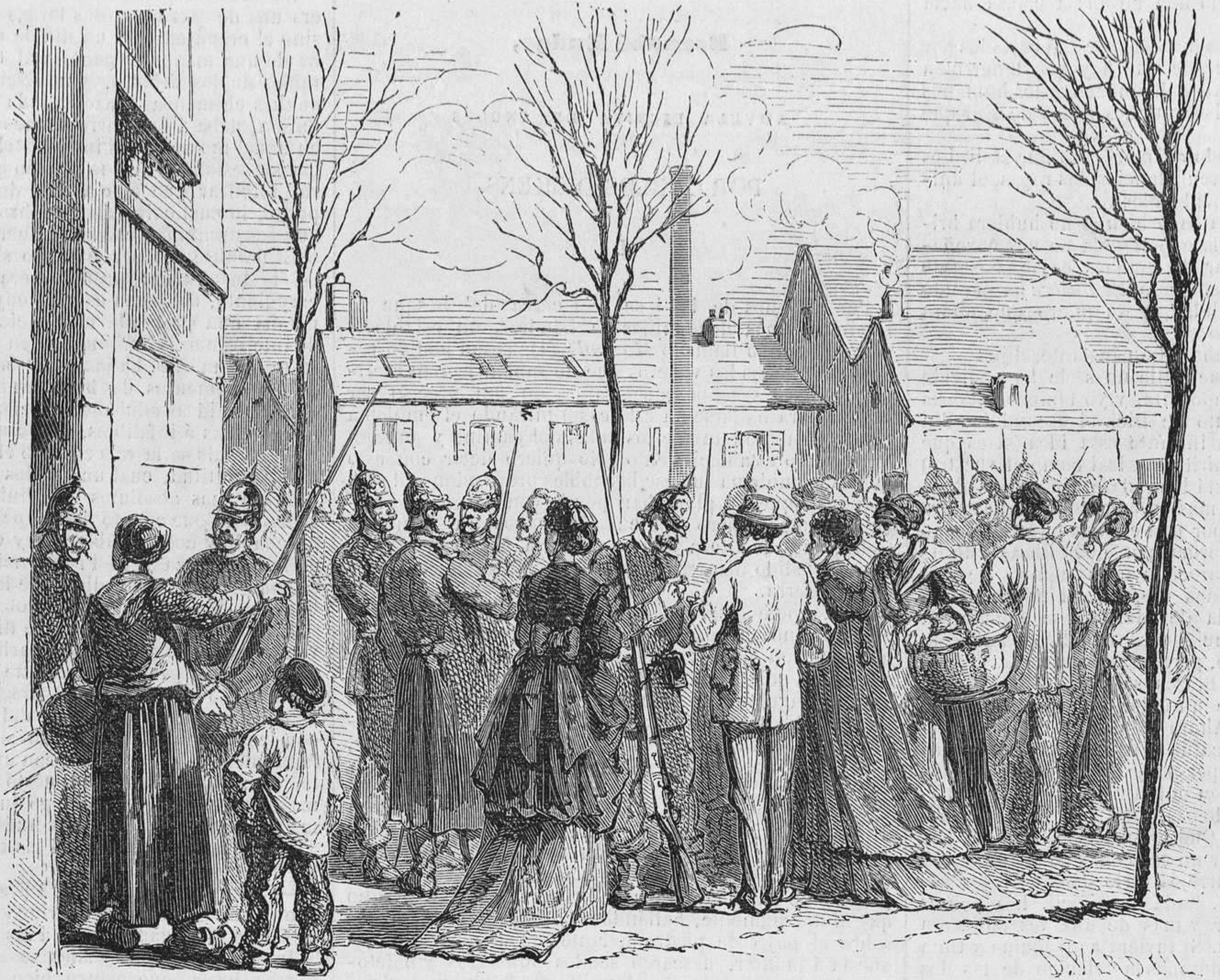
Hé aquí una que nos contaron en el puente de Asnières :

En una aldea de Sena y Oise á principios del sitio, señalaban de hora en hora la llegada de los prusianos, y todas las veces que daban este aviso, las familias de aldeanos se apresuraban á esconder sus ganados y comestibles y enviaban á lugar seguro los objetos mas preciosos que poseían.

Un aldeano tenia un cerdo á punto para la matanza.

Llegó el aviso y el hombre se despacha á matarle, creyendo que tendria tiempo de meter en toneles el tocino salado.

¡Pobre Paris sitiado! Ha tenido hambre, ha tenido frio, ha sufrido mil penalidades; pero la falta de combustible ha sido una de las pruebas mas terribles en este crudo invierno.



DURANTE EL ARMISTICIO. — Viajeros presentando los pases á la entrada de Saint-Denis.

La operacion llegaba á su fin : no faltaba mas que llenar los toneles, cuando entran á decirle : — Es tarde, los prusianos están en la aldea.

Nuestro hombre no pierde lo cabeza: hace una caja mortuoria con cuatro tablas, mete en ella el tocino y la pone á la puerta de su casa envuelta en un paño fúnebre.

Sus amigos lloran y gemian ante aquel féretro improvisado.

Llegan los soldados, empujan la puerta, y viendo aquel cuadro de desolacion comprenden y huyen, porque les dicen que hay allí un muerto de viruelas.

Ahora bien; los soldados prusianos saben desde su entrada en Francia los terribles estragos que las viruelas han hecho en sus filas.

Nada mas natural que su huida á toda prisa. No hay cuidado que volvieran á poner los piés en aquella casa.

P. P.

Sitio de Paris.



Aspecto de la linea alemana en el camino de Orleans.



SITIO DE PARIS. — Corta de árboles para el público en la avenida de Vincennes.

Cuando se vió caer el 40 de diciembre la primera nevada, la población se precipitó á los depósitos de leña; toda se arrebató en muy pocos días y los menesterosos se encontraron en la mas terrible posición, preguntándose cómo harían para tener con qué calentarse.

¿Cómo?

Pues nada mas sencillo; se echó mano á los millones de árboles que hay en las afueras de Paris y á donde no alcanzaban los cañones prusianos.

Entonces se vió en los caminos de los dos grandes bosques de Vincennes y de Boulogne, cuadrillas de leñadores armados con sierras, hachas y cuchillas, y esos trabajadores tiritando de frio, procedían á la corta de los mejores árboles de aquellos bosques.

¡Ah! Pronto concluían la obra. El espectáculo era curioso. En cuanto el árbol caía al suelo desaparecía, cortado en mil pedazos que se repartía toda aquella gente: era como cosa de magia.

Ante una necesidad tan imperiosa la administración tomó medidas para reglamentar la corta de árboles. Alistaron compañías de carpinteros, los cuales cortaron los árboles que trajeron á Paris, y la leña se puso á racion lo mismo que el pan y la carne. Desgraciadamente este racionamiento no se organizó mejor que los otros. La gente tenía que esperar dos y tres horas en la nieve y el lodo antes de obtener un par de leños.

Obtenida la racion, cada cual la llevaba como podia. ¡Cuántas veces los guardias nacionales despues del ejercicio, iban á buscar su racion de leña! La mujer llevaba el fusil, el marido cargaba con los troncos y así marchaban juntos al mísero domicilio.

Entre los árboles que se han cortado en las vías y en los jardines públicos ó en los parques del Estado, había muchos si no todos, que tenían un gran valor histórico ó cuando menos un antiguo origen.

Por ejemplo, los hermosos olmos que daban sombra al boulevard de Enfer y que cortaron para que se calentaran los parisienses, fueron plantados por Luis XIV. Los plantíos del Cours-la-Reine, se orde-

naron y dirigieron en 1723 por el duque de Antin, superintendente de los edificios del rey. En esta operación se empleó un procedimiento bastante original, aunque pueril en el fondo.

Despues de haber hecho abrir á lo largo de la avenida las cuatro hileras de agujeros de los plantíos, puso junto á cada agujero un soldado de la guardia suiza con un olmo en la mano, que debía plantar al toque de tambor; luego á una señal dada, tocaron los tambores y en menos de dos minutos la triple avenida quedó plantada de un extremo á otro. Los árboles del antiguo

hospicio de los Menages, que todos han sido cortados eran del siglo XVI. La desaparición de estos árboles históricos es altamente sensible. L. C.

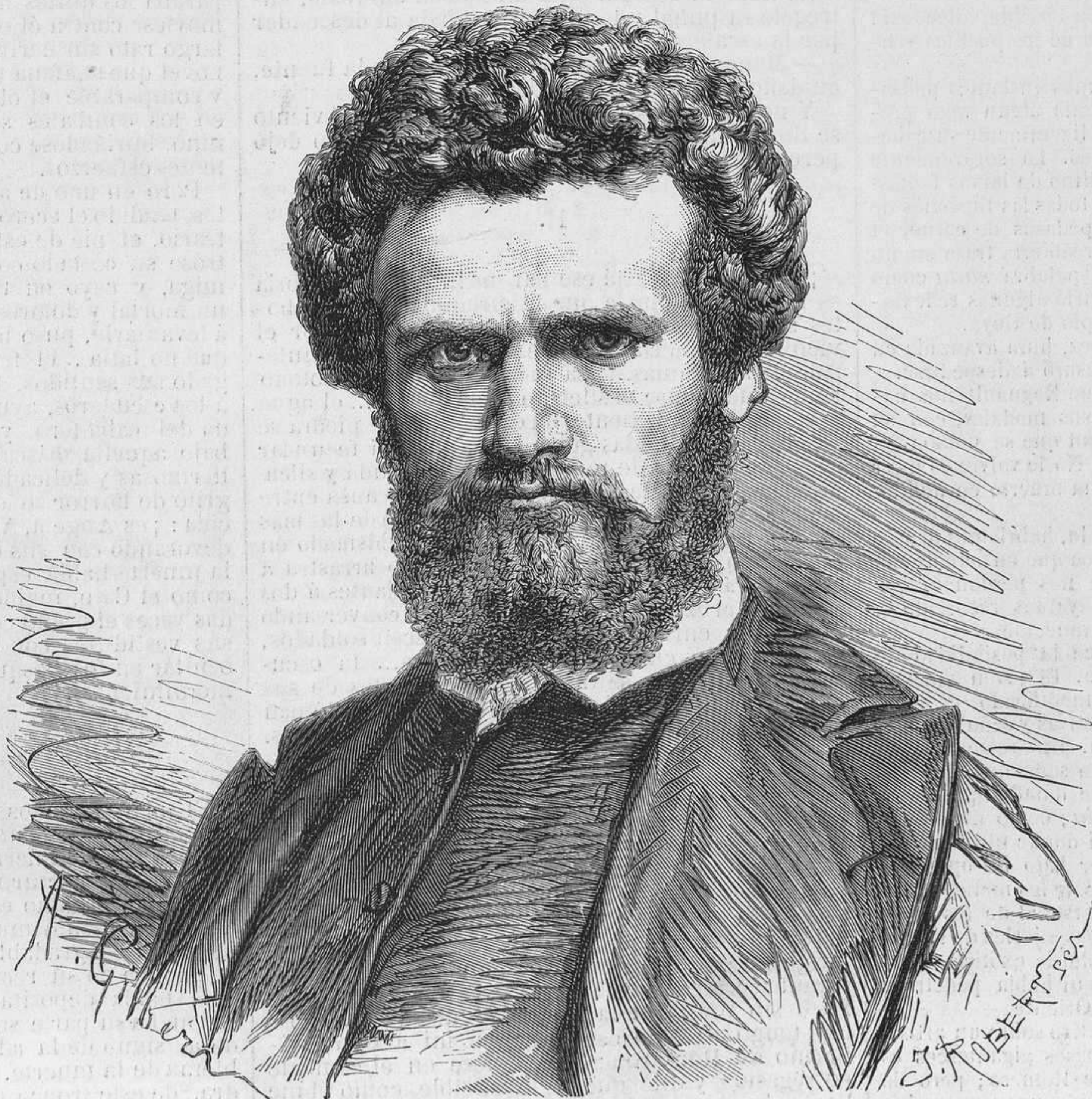
Enrique Regnault.

Antes del sitio no conocíamos personalmente á Enrique Regnault, aunque saludamos en su aurora un talento

cuyo sol debía subir tan alto y tan pronto, como si hubiese tenido conciencia del corto tiempo que debía brillar en el horizonte. A pesar de las simpatías que se establecen naturalmente entre el arte y la crítica, toda vía no nos habíamos encontrado, él recorriendo España y Marruecos en sus expediciones lejos de la villa Médicis y nosotros huyendo del folletin de teatros en Egipto, Italia y Suiza. No era modo de hallarnos; sin embargo, lo deseábamos y una noche tuvo á bien venir con un amigo á nuestra casa.

El amigo era M. Clairin, su hermano de armas, y ambos traían el uniforme de guerra que durante cuatro meses no se ha quitado en Paris todo hombre en estado de llevar las armas. Regnault se hallaba en Tánger cuando la catástrofe de Sedan abrió á los prusianos el camino de Paris. Allí instalaba un taller para estudiar á fondo el mundo oriental, tan moro aun despues de Decamps, Marihat y Delacroix, ese mundo misterioso del Islam, cerrado al arte hasta aquí, donde se perpetúan los tipos mas nobles y mas puros. De allí envió la *Ejecucion en tiempo de los reyes moros de Granada*, que debía ser su última obra.

Hubiera Podido permanecer en Tánger, porque su título de pensionado en Roma le eximia de todo servicio militar; tenía el derecho de conservar su vida para el arte; pero hay privilegios que no aprovechan las naturalezas generosas. Volvió á toda prisa á encerrarse en Paris, y llegó á tiempo de lograrlo.



DEFENSA DE PARIS. — A. G. H. Regnault, muerto en la batalla del 19 de enero.

Se ha abusado tanto de la palabra artista, que apenas puede ya aplicarse como elogio en su antigua acepción. Enrique Regnault era un artista: tenía el *don* sin el cual el mas obstinado trabajo solo conduce á la mediocridad: tenía imaginación, espontaneidad, osadía, y esa facultad de descubrir á primera vista el aspecto nuevo y particular de las cosas. Era una naturaleza, un temperamento y un espíritu de pintor letrado, siendo además un hombre de mundo que añadía el brillo del arte á un nombre ilustre y luminoso en la ciencia. Como Gericault, era aficionado á pintar caballos, como se vió en el retrato ecuestre del general Prim. Además, amante de la música, poseía una voz de tenor que valía una fortuna.

Enrique Regnault era de una estatura ordinaria y de un vigor mas nervioso que atlético. El clima de París no le habia quitado aun la careta bronceada de los climas cálidos. Unos ojos oscuros animaban aquel semblante mas agradable y simpático que clásicamente regular. Su cabello negro se rizaba sobre su frente, baja y ancha, una frente de estatua antigua. Una ligera barba magnetizaba aquella fisonomía, en la que resplandecía la inteligencia.

Hablamos de España y de Marruecos, y Regnault nos hacia la descripción de Tánger con ese estilo propio de los pintores en el que cada palabra es un rasgo, una pincelada significativa y justa.

En la conversacion de España se trató de Goya. Precisamente teníamos en casa un soberbio ejemplar de los *Estragos y desastres de la guerra* que nos habia prestado Ph. Burty. Sacamos el album y Regnault, que habia visto ya algunas de aquellas láminas en España, pero no la obra completa, bastante difícil de reunir, comenzó á hojearle, leyendo los breves letreros irónicos ó siniestros escritos al pie de las aguas fuertes, á veces al lápiz, pues la mayor parte de ellos se escribieron antes de la impresión. Detúvose en un grabado que representaba una casa atravesada por una bomba, cuyos suelos se hundían arrastrando cabeza abajo á una madre con un niño de pecho, á la criada y al marido, todo revuelto entre los muebles rotos, un asunto que debía ser en París una *actualidad* terrible y que el pintor español supo expresar con la mezcla de realismo y de capricho que le caracterizan.

Regnault admiró sobremanera los escorzos y la gracia extraña que sabe conservar el artista á las figuras de las mujeres en el horror mas extremado. También observó la postura tan noble y trágica de la joven arrodillada que fusilan con toda su familia, abuela, niño de pecho, ama de cría y sirvientas. Los malhechores que mueren en garrote vil con la navaja colgando del cuello llamaron también su atención; pero se detuvo mas tiempo en una lámina de un efecto grandioso y siniestro: un campo de batalla sembrado de cadáveres que contemplan en una actitud de desesperación un anciano y una anciana, con el rostro medio escondido bajo la sombra de una capucha, seguramente un padre y una madre que buscan á su hijo entre los muertos: un cielo sombrío rayado en el horizonte con una banda de luz lívida, se extiende sobre esa escena desolada como un paño fúnebre con franja de plata.

La inscripción, de un laconismo terrible, dice así: *Enterrar y callar*, máxima al uso de los pueblos vencidos.

El joven artista permaneció algunos instantes pensativo antes de volver la página. ¿Tenía algun vago presentimiento de su destino? Meneó ligeramente su cabeza y continuó mirando las láminas. La sorprendente pesadilla que muestra en un torbellino de larvas fantásticas y horribles, como muecas de todas las ilusiones de la vida, un esqueleto con algunos pedazos de carne, el cual incorporándose en su fosa entreabierta traza en un papel con su dedo engarabitado la palabra *nada* como una noticia del otro mundo, le sugirió algunas reflexiones sobre el sistema fantástico propio de Goya.

En aquel momento dieron las diez, hora avanzada en tiempo de sitio, y Regnault se apresuró á despedirse.

Esta primera entrevista, en la que Regnault nos hechizó con la amable sencillez de sus modales, con su talento natural y con la superioridad que se notaba en su persona, fué también la última. No le volvimos á ver ni le veremos mas: el desdichado ha muerto en una de las últimas batallas del sitio.

Si Enrique Regnault hubiese vivido, habríamos dejado en la sombra estos detalles íntimos que en aquel caso no habrían tenido interés; pero se nos perdonará que después de una entrevista única hayamos recordado la silueta de una figura que se ha desvanecido.

Con Enrique Regnault desaparece la posibilidad de un porvenir nuevo para la pintura. El joven maestro habria seguramente cambiado ó modificado el arte, puesto que habia abierto ya perspectivas y señalado horizontes no conocidos hasta ahora. Las relaciones de tono que escapan á los pintores eran sensibles á los ojos de este artista tan maravillosamente dotado, que parecia tener el don de *correspondencia*, como dice Swedenborg. Veía el alma del color allí donde otros no ven mas que el cuerpo y sabia reconocer bajo las oposiciones aparentes las secretas afinidades de los matices. Expresaba la singularidad íntima y personal de los tipos, poniéndolos en todo su relieve sin despojarlos de su hechizo. Nadie mejor que él comprendía la exótica seducción de las barbaries pintorescas, ni habia penetrado mas profundamente en el ideal del Oriente.

No se puede sentar un fallo definitivo sobre un artista detenido en sus primeros pasos, pasos gigantescos es verdad, como los de los dioses de Homero; pero de todos modos, Regnault habia recorrido un camino in-

menso desde que dió á conocer su primera obra, *Tetis entregando las armas á su hijo Aquiles*. El retrato de la dama vestida de encarnado que se destaca en un cortinaje, el retrato ecuestre del general Prim, el delicioso retratito de duquesa vestida de color de rosa, la *Judit matando á Holofernes* y la *Salomé*, han demostrado que el joven artista de veinte y siete años era ya un maestro. Jamás una originalidad tan incontestable se ha revelado de repente al público. Todos esos lienzos admirados, criticados, han suscitado el rumor que despiertan siempre las obras notables que contienen necesariamente un poco de «esa belleza chocante» que alarma á la rutina. El nombre de Regnault era ya célebre; fué el acontecimiento de la última Exposición; su influencia se hacia ya sentir y pronto habria dado una nueva dirección al movimiento del Arte.

TEÓFILO GAUTIER.

Angela.

(Continuacion. — Véase el número 943.)

— Pues le gozarás, cruel, le gozarás, dijo Carlos con el acento del mas vehemente despecho. Tú no me comprendes, tú ignoras lo que pasa en este corazón desgarrado por el dolor; tú no sabes aun, infeliz, que existe una causa oculta, poderosa, indestructible, que semejante á un terrible fantasma se interpone entre nosotros y nos separa. Yo la veo en este momento en que el amor me arrebató, burlarse de mi delirio con una sonrisa infernal y decirme: ese ángel á quien adoras no puede ser tu esposa... este grito espantoso desciende hasta mi corazón, me hiere, me destroza y me hace aborrecible la existencia que arrastro... Que venga la muerte: ya la espero con impaciencia; ¿dónde está ese guerrero? ahora mismo puede comenzarse el combate... que no arme su pecho de cota... que deje la brillante malla para las lides... mi espada se cruzará con la suya para evitarle el borron de un asesinato... pero la punta de mi acero no le ofenderá jamás, porque solo quiero morir.

— ¡Miserable!... si existiese una causa poderosa para impedir nuestra union, ¿no serias tú el primero en manifestármela por justificarte? Tú añades la impostura á la infamia y mereces bien esa muerte que afectas despreciar.

— ¡Señora! exclamó el aventurero fijando sus ardientes miradas en Angela; el resultado del combate os dirá mejor que nadie si la amo ó si la aborrezco. Adios.

Abrióle la secreta puerta la joven enlutada, entrególe su puñal y le dijo en voz baja al descender por la escalera:

— Mañana á media noche, al lado de la fuente, cuidado que no falteis...

Y no pudo oírse la contestación, porque el viento se llevó consigo la voz del caballero, y solo dejó percibir en confuso el ruido de sus espuelas.

II.

¡Qué solitario está ese parque!... ¡Cuán sombría es la espesa alameda que le circunda!... los árboles sacuden sus elevadas copas impelidos por el viento, y despiertan las aves que anidan en el interior de sus ramas... esa fuente con su monótono ruido interrumpe el silencio de la noche... el agua cayendo pausadamente en esa concha de piedra se esparce en menudas gotas y desciende á fecundar la tierra poblada de menuda yerba... muda y silenciosa la naturaleza toda, parece que descansa entre los brazos del sueño, y el cielo cubierto de las mas densas tinieblas se muestra también abismado en el silencio del sepulcro. ¿Qué proyecto arrastra á este sitio á esos dos hombres, que semejantes á dos sombras cruzan por entre los árboles conversando al parecer entre sí?... veamos: parecen soldados, porque están cubiertos de armadura... la oscuridad impide que se descubran los moles de sus escudos y el color de sus vestidos: ahora toman asiento sobre un banco de piedra... escuchemos.

— Aun no son las doce, señor, no os extrañéis haber llegado el primero á la cita: teniais tanta impaciencia por venir que se os hacían años las horas, y gracias á que aquí no hemos de tener, según parece, muchos testigos de vista; vuestra armadura podrá hacer su papel, porque me la habeis arrancado de las manos sin acabar de limpiarla. En los años que llevo de escudero á vuestro lado, os aseguro que jamás os habeis puesto una loriga tan mal bruñida. La manopla también tiene levantadas algunas escamas y... Brun, dijo el caballero sin prestarle la menor atención: ya sabes que tengo ofrecido este escudo á mi amigo Guillermo de Routeron: si pereciese en el combate entrégaselo y dile que el invencible, como él me llama, ha muerto á manos de un noble castellano.

El tiene una alta idea de los caballeros españoles. Este casco y la espada se los darás en mi nombre á Federico el del águila negra: hemos peleado muchas veces juntos en Italia, y le debe las mas señaladas pruebas de amistad. En cuanto á mi banda ya sabes quién la ha bordado... ¡Pobre Flora!... qué hará en este momento en que yo me preparo á morir... mas no pensemos en imágenes tristes... se la llevarás, ¿me lo prometes?

— Sí señor, lo juro: ¡qué sería de aquel ángel de paz si supiese que habiais fallecido tan distante de su lado... pero yo no pienso como vos: he visto á ese brazo derribar en tierra á muchos bravos, y no temo que os deje desairado en una aventurilla de tan poca importancia.

— ¡Silencio! contestó el aventurero: ya están aquí.

Presentáronse en efecto en aquel momento dos hombres embozados: uno de ellos depositó en la arena dos lucientes linternas que llevaba ocultas, y el otro desembozándose de su capa dejó ver un cuerpo airoso, aunque pequeño, cubierto de una pesada y riquísima armadura. Llevaba calada la visera en términos que no podían distinguirse sus facciones; y sobre el casco ondeaba en menudos rizos un hermoso plumaje negro que le servía de cimera. Acercóse Carlos con intencion de reconocerle, y le dijo en un tono comedido aunque enérgico: ¿podré saber con quién tengo el honor de combatir esta noche? Nada contestó el incógnito, y por única respuesta le presentó su escudo aproximándole á la luz para que pudiese distinguir las figuras estampadas en él. Examinóle el aventurero, y vió que el emblema representaba una paloma desgarrando con su pico á una horrible serpiente con un mote de oro que decía: *El brazo de Dios ayuda al débil y protege al inocente*.

— No conozco estas armas, dijo Carlos, y vos pareceis demasiado joven para mediros conmigo, pero... asaltóle en aquel instante un pensamiento sombrío, y aproximándose mas al incógnito le preguntó con vehemencia: En nombre de vuestro padre, servíos decirme si sois don Enrique de Lara, el hermano de la hermosa Angela, por quien venis á combatir.

Signióse un breve silencio á esta pregunta; y el demandante alzando los ojos al cielo exclamó: ¡es, ¡Gran Dios! y Carlos el invencible, Carlos el aventurero, ¡habrá de perecer á manos de un niño...! paciencia: tal es mi destino, y levantando en seguida la voz, escuderos, dijo, podeis retiraros.

— Noble paladin, mi espada está pronta, cuando gustéis cumpliremos nuestro deber... Desvainó el contrario su reluciente acero, le hizo un pequeño saludo, y arrojóse en seguida sobre Carlos dirigiéndole á su pecho una multitud de estocadas que éste quitó sin moverse de su puesto, con la mas imperturbable frialdad. Irritado de ver la destreza del aventurero, multiplicó los golpes; pero reducido su adversario solamente á la defensiva, preparaba los quites mucho tiempo antes de que se moviese contra él el homicida acero. Así lucharon largo rato sin herirse, semejante el uno al soldado novel que se afana por ganar el premio del florete, y comparable el otro al veterano que encanecido en los combates se entretiene en jugar con un niño, burlándose con una frágil caña de sus impotentes esfuerzos.

Pero en uno de aquellos momentos en que Carlos, tendido el acero esperaba el ataque de su contrario, el pie de este resbaló en la arena, encontróse su costado con la punta de la espada enemiga, y cayó en tierra con estruendo, lanzando un mortal y doloroso gemido. Acudió el vencedor á levantarle, puso la mano sobre su corazón y vió que no latía... el frio de la muerte habia embargado sus sentidos. Llamó entonces en su auxilio á los escuderos, ayudáronle estos á desatar la celada del caballero, y observaron con asombro que bajo aquella máscara de hierro se ocultaban las hermosas y delicadas facciones de una mujer. Un grito de horror se escapó de los labios del homicida: ¡es Angela, Angela! exclamó con ronca voz, devorando con sus ojos aquel semblante en que la muerte habia esparcido sus sombras, y súbito como el Cain, maldecido del cielo, hirióse repetidas veces el pecho con el pomo de la espada, rasgó sus vestiduras con un furor delirante, y corrió á ocultar en los bosques su desesperación y sus remordimientos.

III.

El sol ocultándose lentamente tras de la cima de una escarpada montaña, esparcía sus débiles reflejos sobre la tierra. El parque, solitario testigo del combate nocturno que acabamos de describir, permanecía, como en la víspera, con su menuda arena, su fuente murmuradora y sus álamos cubiertos de agradable verdura. Solo una piedra encerraba en su recinto que una mano desconocida habia depositado á la entrada del bosque: coronaba su parte superior una tosca cruz de madera, signo de la adoración del cristiano y emblema de la muerte. El mudo silencio de esta piedra, de este tronco es mas elocuente que la palabra del hombre.

Ella dice al peregrino detente y reza: llama al pasajero distraído y le obliga á fijar su atención en la idea de la eternidad. El hombre sensible derrama tiernas lágrimas al contemplar los dos troncos cruzados; porque sabe que á su sombra reposa un infeliz que ha dejado de existir... ¡ah qué cúmulo de ideas melancólicas asaltarán á ese guerrero que con los brazos cruzados y la cabeza reclinada sobre el pecho la contempla enternecido y absorto!

(Se concluirá.)

La Peña de Uruei.

El origen de San Juan de la Peña se confunde con el pueblo aragonés, grandioso como un poema bajo un aspecto, bajo el otro interesante y piadoso como una leyenda.

J. M. QUADRADO.

I.

EL ANCIANO DE LOS CABELLOS BLANCOS.

Los rayos del sol poniente alumbran á un puñado de hombres que infatigables trabajan.

— ¡Hermoso espectáculo!

Antes que el sol nos abandone sumergiéndose tras los negros picachos, arrojemos una mirada sobre la escena que se nos ofrece.

Una llanura de no mucha extensión es lo primero que se nos presenta á la vista, pero una llanura que no es otra cosa que un claro del bosque. En efecto, á uno y otro lado de ella un oscuro pinar extiende murmurantes las crespas cabelleras de sus árboles. Se conoce que algún día, no hace mucho acaso, el pinar ocupaba todo el claro; se conoce que la mano del hombre ha hecho dos de un solo bosque, como cuenta la fábula que la maza de Hércules, dividió en dos un monte.

Y esto se conoce no solo por la calidad del terreno, no solo por la multitud de árboles cortados que se ven en pilas, no solo por la brusca interrupción del bosque, sino por los mismos pinos que se elevan aislados en el claro, pareciéndose á esbeltas y atrevidas columnas escapadas á la total ruina de un templo y que aun sostienen un fragmento de cúpula. Estos pinos que están en línea recta y que se alzan á trechos, indudablemente con estudiado objeto, sostienen, como broches de un cortinaje, vastas tiras de grosero y amarillento lienzo que cae en pliegues hasta el suelo por una parte y que se extiende paralelo con la tierra, en forma de techo, hasta hallar punto de apoyo en otros pinos simétricamente colocados para el mismo servicio á igual distancia de los primeros.

Bajo esta especie de tienda de campaña se agita un pueblo entero. Varias mujeres que lloran, varios niños que duermen, varios ancianos que meditan ó rezan.

Mas allá, á veinte pasos de distancia, están los hombres que hemos visto trabajar infatigablemente. Unos conducen piedras sobre sus hombros, otros las amontonan en forma de pared, allí unos terminan un torreón, mas acá concluyen otros un lienzo de muralla; á un lado se trazan líneas, al otro se comienza un grupo de almenas, algunos por fin se entretienen con palas y azadones en abrir un ancho foso.

¿Qué es lo que intentan? ¿Tratan de levantar allí, en medio de aquel yermo, una fortaleza? ¿Una ciudad acaso? ¿Quiénes son esos hombres?

Esos hombres son casi los únicos que quedan de un pueblo sobre cuyos hogares, terrible, inevitable como el diluvio, ha caído un ejército de moros que parece llevar consigo, cual aliada, la maldición de Dios por los pecados de Witiza y de Rodrigo.

Esos hombres forman un pueblo errante y proscrito, arrojado de su ciudad querida por los corvos alfaques de Tarif y de Muza que los impelen ante sí como un rebaño, y que al igual de la razais raelita, va á buscar un refugio en las breñas y montañas.

Es lo único que les queda de su patria. Cesaragosta (1) ha caído, y mientras sus enemigos se arrojan sobre las riquezas allí acumuladas de toda la España oriental, ellos, los restos del pueblo cristiano, van á fundar en el desierto y en lo alto de una peña una modesta fortaleza donde abrigarse, y á la que darán el nombre de Pano.

— Apresurémonos, dice un joven de semblante melancólico y de cabello rubio; la tarde va á caer y no está terminada todavía la tarea que para hoy nos hemos fijado.

— La tarde va á caer, contestó otro joven, y nuestro padre no ha vuelto.

— Tienes razón, Feliz, dice el primero. Y añadió elevando en su hermano unos ojos que parecían querer profundizar lo mas recóndito de su corazón: ¿Te inquieta acaso su tardanza?

— ¡Qué sé yo, Oton! Todo me da miedo. Pudiera haber tropezado con alguna partida errante de sarracenos...

— ¡Es cierto! murmuró Oton.

Y soltando la pala con que trabajaba en el foso junto á su hermano, empuja el joven sobre su enmallada cota el cinturón de que pendía su espada de dos filos, cubre su frente con el morrion de hierro que habia dejado encima unas piedras para estar mas libre en el trabajo, y dispónese á salir de la zanja.

— ¿Dónde vas, Oton? pregunta Feliz.

— Salgo al encuentro de nuestro padre.

— Espera, yo te acompaño.

Dice, y suelta á su vez al azadon que empuña su mano.

En esto, una voz resuena á oídos de los dos jóvenes. Es la de uno de sus compañeros que trabaja á pocos pasos de distancia.

— ¡Ah! ¡ya está aquí el anciano de los cabellos blancos!

Ambos jóvenes se vuelven. El anciano de los cabellos blancos es su padre, así llamado entre los proscritos cristianos que se dedican á levantar á Pano.

En efecto, un anciano de figura venerable se adelanta lentamente apoyado en un báculo y seguido de varios hombres con los cuales habia salido por la mañana á cortar robles en la montaña.

Sus dos hijos se precipitan solícitos y le prestan sus brazos en que se apoya el anciano sonriéndoles con gratitud, pero con tristeza.

— Padre, dice Oton mientras le acompañaba á la tienda para allí encontrar descanso, tu rostro está mas sombrío que de costumbre. ¿Qué tienes, padre?

— La fatiga acaso...

— ¡Oh! no, no, yo estoy acostumbrado á leer en tu semblante los secretos del alma como lee una mujer sus hechizos en una lámina de plata. ¿Tú estás triste, padre?

— ¡Triste! Y bien, ¿me falta acaso motivo? Nos han echado de nuestra ciudad como á un tropel de siervos, y para borrar toda idea de nosotros, hasta han cambiado su nombre llamándela Saracusta. ¡Hijos míos, tiempos bien infelices corremos! ¡En era bien desgraciada hemos venido! Esta misma Pano que hoy edificamos en las entrañas del bosque, oculta entre las peñas y malezas como una guarida de lobos, esta Pano, nuestro último refugio, nuestra única esperanza, ¿quién sabe si existirá mañana? ¿quién sabe si esta misma noche caerá sobre ella un torrente de moros y cuando amanezca el sol habrá ya quedado solitario y olvidado el sitio en que unos pobres proscritos quisieron en su locura elevar una fortaleza!

El anciano, al decir esto, se enjugó una lágrima con la cabellera que colgaba como un manto sobre sus hombros, y se volvió hácia Pano, la cual mostraba sus dos primeras torres bañadas por los postreros rayos del sol purpúreo que parecía enviarle en aquel beso de la tarde su triste despedida.

— ¡Pano, Pano! murmuró el anciano, ¿estás quizá condenada á morir antes de nacer? Ese sol que tiene de color de sangre tus nacientes torreones, ¿es acaso el último sol que te alumbrará? ¿Será también tu suelo inhospitalario para los hijos de Cesaragosta? Las torres que sus manos han elevado, ¿han de caer sobre sus cadáveres insepultos?... Pano, Pano, tu existencia está marcada por el dedo del Eterno. ¡Dios quiere que en lugar de un refugio de fugitivos seas un asilo de muertos!

— ¡No te decía yo, padre! exclamó con voz melancólicamente dulce el joven Oton; tus palabras brotan hoy tristes de tus labios. ¡El dolor está en tu alma!

— Dejame sentar aquí, hijos míos, dijo el anciano señalando una piedra al pie de uno de los pinos que sostenían la tienda; desde aquí puedo ver entera á nuestra Pano, y quiero contemplarla, quiero acariciarla con mi mirada como la acaricia ahora el sol que parte.

El anciano se sentó en la piedra. Sus hijos permanecieron en pie á su lado. Hubo un largo rato de sepulcral silencio. En el ínterin el sol fué perezosamente recogiendo sus rayos, y el crepúsculo con su vagorosa luz derramó un tinte pálido sobre el naciente edificio cual si lo envolviera con un sudario.

— Escucha, Oton, dijo de pronto el anciano con voz trémula, escucha tú también, Feliz. Inclínate hácia mí para que el rumor de mis palabras no llegue á otros oídos que los vuestros.

Oton y Feliz se arrodillaron cada uno al lado de su viejo padre, que puso sus manos sobre sus cabezas y las acercó á su pecho con un tierno abrazo. Besóles en la frente á cada uno, y en seguida. — Oid, les dijo en voz baja. Esta tarde, cuando nos retirábamos de la montaña concluida nuestra tarea, á tiempo que atravesábamos por delante del pico del Mediodía, esa cumbre de los Pirineos que parece querer agujerear las nubes, un gemido lúgubre, un grito inexplicable de agonía ha zumbado tristemente en mis oídos. He detenido mi marcha y me he puesto á escuchar. El grito se ha vuelto á repetir, parecido al quejido que lanzaría una mujer llorosa, y en seguida ha sonado una especie de melodía fúnebre que se ha prolongado por largo espacio.

Oton se estremeció. El anciano, que sintió aquel estremecimiento, adivinó sin duda el motivo que le causaba, porque se volvió hácia su hijo mayor y le dijo como si contestara á una pregunta que no se le habia hecho, pero que habia interpretado:

— Sí, Oton, sí, hijo mio, era la Madaleta, esa gigantesca peña en la cual suena prodigiosamente una lúgubre armonía como la que yo he oído, cuando va á suceder alguna gran desgracia. Es una reunión de voces

chillonas como el rumor que podría dejar oír á lo lejos todo un pueblo llorando. Mi corazón se ha entristecido, y, cuando el prodigio ha cesado, he vuelto á continuar mi camino con los ojos preñados de lágrimas. Un triste presentimiento me habia asaltado. Pero, esto no era nada.

Y aquí el anciano estrechó aun mas á sus hijos contra su corazón, y su voz tomó un tinte sombrío, y casi podría decirse agorero, que no le era particular. Sus hijos clavaban en el rostro de su padre unos ojos azorados.

— Esto no era nada. Juzgad de mi sorpresa cuando al doblar la senda he visto la cumbre del Cúculo, cumbre fatal, coronada de nieblas mas negras que el corazón del traidor don Julian, nieblas que se enroscaban á su picacho como un turbante, como una serpiente negra de gruesos anillos se enlaza al tronco de un árbol. Entonces ya no me ha cabido duda. El prodigio estaba demasiado manifiesto, era evidente, comprensible, claro, y mi corazón se ha roto de dolor como si me lo hubiesen atravesado con un eserama (1). He ahí por qué estoy triste, hijos míos; he ahí por qué tiemblo por vosotros todos, por Pano. Vosotros lo sabeis, es tradición que jamás se ha desmentido. Cuando la Madaleta lanza su fúnebre armonía y el Cúculo se corona de nieblas negras como la noche...

— Una gran desgracia sucede en la montaña ó en el valle, murmuró Oton con voz confusa acabando la idea de su padre.

— Una gran desgracia, tú lo has dicho. Ahora bien, ¿será esta desgracia la destrucción de Pano?

— ¡Padre! dijo Feliz, los presentimientos engañan.

— La Madaleta ha lanzado su armonía fúnebre, hijo mio.

— Y el Cúculo ha cubierto su cabeza con un turbante de nieblas, hermano, dijo Oton.

Feliz bajó la cabeza.

— De rodillas, hijos míos, exclamó el anciano dejándose caer de hinojos entre Oton y Feliz. ¡Oremos, y que el Señor nos halle prontos si acaso!

Los tres balbucearon entonces una plegaria que debió subir al cielo envuelta en las últimas luces del crepúsculo de la tarde.

Quando se levantaron, ya las sombras inundaban el valle, y Pano habia desaparecido como tragada por las tinieblas.

— ¡Oscura es la noche! dijo Feliz ayudando á entrar á su padre en la tienda.

— Pero no tardará en asomar la luna, contestó el viejo.

Entraron en la espaciosa tienda donde se habian ya recogido los futuros habitantes de Pano. Era triste ver tendidos en el duro suelo, descansando la cabeza sobre el acerado morrion que les servia de almohada, á todos aquellos hombres valientes arrojados de sus hogares por un pueblo idólatra, huésped turbulento que se convirtiera en dueño, no dejándoles á ellos mas refugio ni asilo que las empuñadas rocas y la soledad de los bosques. Las mujeres, abrazadas á sus hijos que temblaban estremecidos por el cierzo frío de la noche, velaban el sueño de sus esposos, derramando en silencio amargas lágrimas inspiradas por los recuerdos de su patria. Algunas antorchas colocadas de trecho en trecho alumbraban con siniestros resplandores todos aquellos rostros macilentos, postrados por las angustias de la desesperación, del dolor y del hambre.

Cerca de media noche seria, cuando, como un pabellon izado repentinamente en el aire, asomó refulgente en el espacio la pálida desposada de la noche.

El anciano de los cabellos blancos, que estaba tendido en el suelo, se incorporó y tocó con su báculo á su hijo Oton que estaba también tendido, pero sin dormir, á pocos pasos de distancia.

Este se puso en pie y ofreció el brazo á su padre que se levantó penosamente, y que salió de la tienda guiado por su hijo.

— Oton, hijo mio, extrañas ideas me asaltan, lúgubres presentimientos ruedan por mi mente, presionándome el corazón.

El joven bajó la cabeza sin contestar.

— Oton, hijo mio, sube á la torre. La luna te permitirá clavar la mirada en lo mas profundo del valle.

Oton, sin replicar una palabra sola, dejó á su padre á la puerta del torreón recientemente fabricado y subió hasta lo mas alto. Desde allí tendió una mirada de águila sobre el valle que se extendía á sus pies, y el cual cruzaba serpenteador como una línea de plata el rio Aragon.

— ¿Qué es lo que ves, Oton? gritó el anciano desde abajo.

— Padre, veo un cuervo negro como una maldición batir sus alas sobre el pinar que está á espaldas de la tienda.

— ¡Oh! murmuró el anciano. ¿Y qué mas ves, hijo mio?

— Aguardad; veo allá en el fondo del valle una línea blanca junto al rio. Parece como que el rio se hubiese dividido en dos ramales.

— Observa bien.

— Es extraño, padre. De en medio de esa línea blanca brotan chispas, como si la luna arrancara rayos de unas láminas de plata.

V. BALAGUER.

(Se continuará.)

(1) Así se llamaba una daga muy aguda usada por los godos.

(4) Hoy Zaragoza.

Víctimas del sitio.

SEVESTE, DEL TEATRO FRANCÉS.

En la tarde de la terrible jornada del 19 llevaron á la ambulancia del teatro Francés á uno de los actores de este teatro, que habia combatido valerosamente en Buzenval, pero que habia pagado bien caro su deuda á la patria. M. Seveste, que tal era su nombre, recibió un balazo en la pierna, y desde su llegada hubo que renunciar á la esperanza de conservar aquella pierna rota.

Efectuaron, pues, la amputacion, y durante algunos dias se creyó que la vida del artista no corria peligro. Habia soportado la operacion con mucho valor y le cuidaban con el mayor esmero en la ambulancia. Ya hemos dicho en nuestro periódico que la comedia francesa no vaciló durante el sitio en trasformar en hospital la casa de Moliere, y que las principales actrices se pusieron el delantal de las enfermeras.

Nada le ha faltado, pues, á M. Seveste en punto á cuidados, y hasta su bizarría habia recibido una justa recompensa con la cruz de la Legion de Honor que le habia concedido el gobierno.

Desgraciadamente ni los cuidados ni los consuelos pudieron contener los progresos del mal y salvar al jóven artista. El herido luchó heroicamente sin quejarse, pero la inflamacion y la calentura acabaron con su existencia.

¡Es una víctima mas entre tantas como ha hecho el sitio! La patria agradecida les guarda á todos un recuerdo que no perecerá; pero deplora al ver que con tantos hombres de buena voluntad, la defensa no ha podido salvar á Paris y con Paris á la Francia.

R DE M.



DEFENSA DE PARIS. — Seveste, del Teatro Francés, muerto en la batalla del 19 de enero.

Sitio de Paris.

LA VENTA DE CARNE DE PERRO.

En uno de nuestros últimos números hablamos de

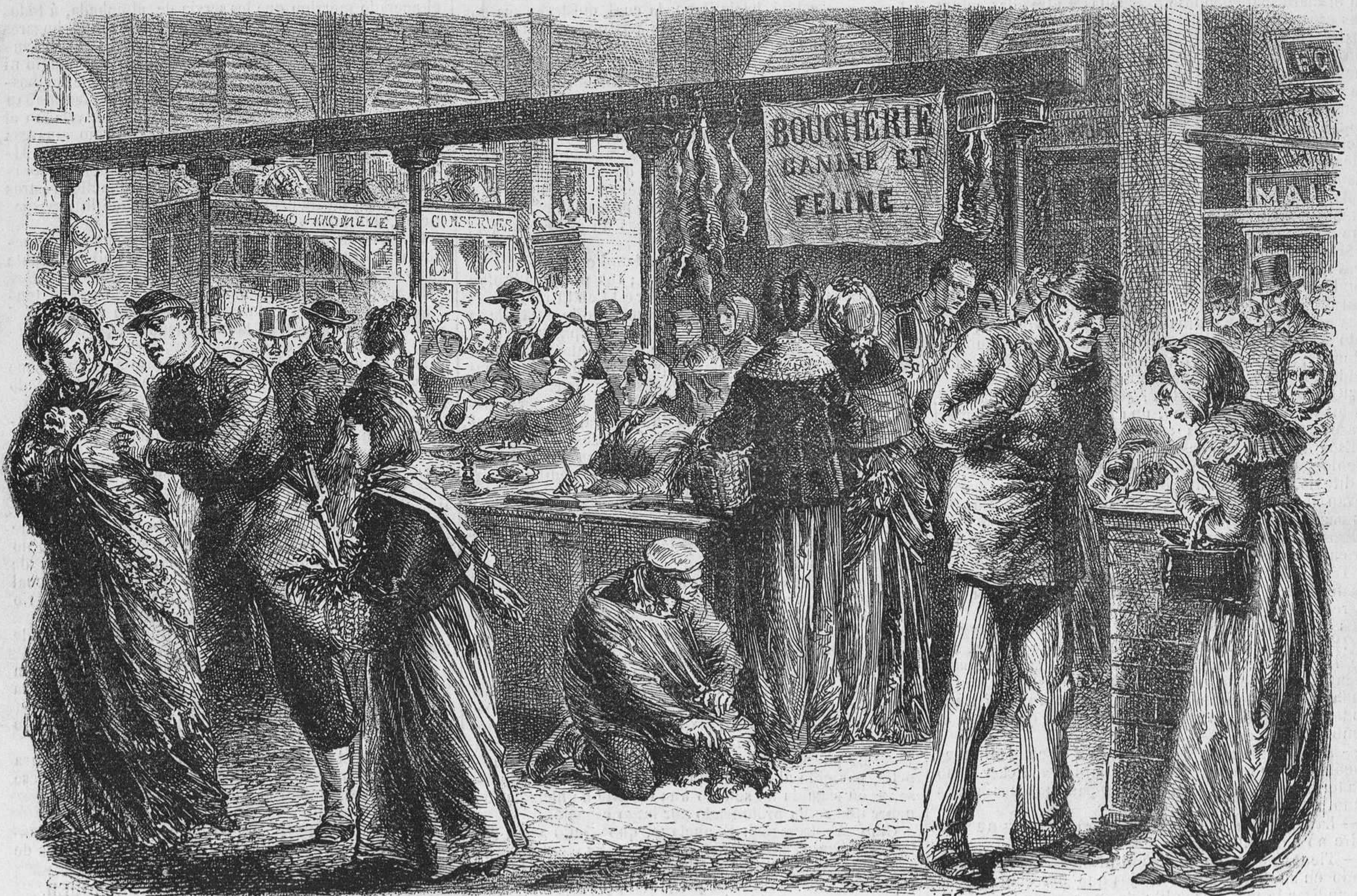
las operaciones á que ha dado lugar en Paris la carne de caballo, aplicada á la alimentacion pública. Hoy bajaremos un grado, esto es, hablaremos de la carne de perro. Ya dijimos que la administracion se habia hecho cargo de todo lo relativo al caballo, exámen, compra, malanza y venta de los animales. No ha sido así con el perro, el gato y la rata; aquí ha reinado el régimen de la libertad mas absoluta. Libertad en el matadero y el mercado.

Nada diremos del gato, que en todos tiempos reemplaza la liebre y el conejo en ciertos establecimientos de baja esfera; pero en cuanto al perro es muy distinto. La primera vez que se habló de él, Paris, aunque sitiado, hizo una mueca. ¡Qué horror! ¡Comer carne de perro! Ninguna reflexion venció la repugnancia; y por mas que repetian que el perro es el amigo del hombre y que los chinos se chupan los dedos, no habia modo de que los parisienses se vencieran.

Pero fueron llegando los dias crueles y fué entrando en el consumo la carne de perro. No hay duda que la costilla de perro no se acogia con el mismo placer que la de carnero; sin embargo, el perro llegó á figurar en las mesas y el comercio que se hizo con su carne, tuvo sus parroquianos que no fueron pocos. En prueba de que no mentimos, véase el grabado de esta página que representa fielmente la carnicería canina y felina, instalada en el mercado de San German, donde nunca faltaba gente.

Añadiremos en conclusion que no á todo el mundo le estaba permitido abastecerse en este mercado y comprar carne de gato y de perro. Un plato de pedazos de gato costaba 3 francos y una costilla de perro 50 céntimos, mucho mas de lo que cuesta la de carnero despues del armisticio.

L. C.



SITIO DE PARIS. — Carnicería canina y felina en el mercado de San German.